

LA ARAÑA ESPACIAL

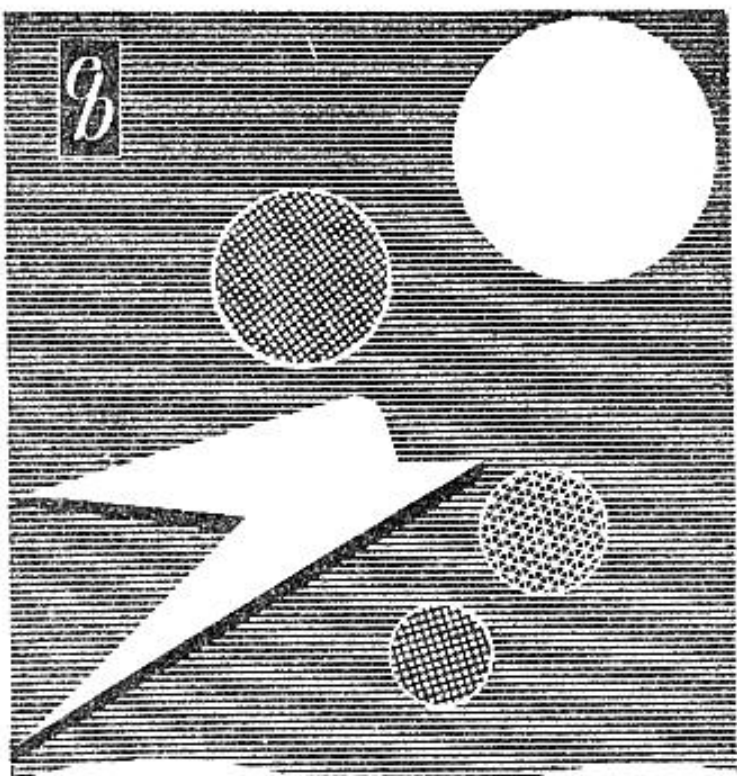
GLENN
PARRISH



BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

GLENN PARRISH LA ARAÑA ESPACIAL

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 68
Publicación semanal
Aparece los
VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS
AIRES - CARACAS - MEXICO
*Depósito Legal B 35.729-1971 Impreso en España -
Printed in Spain*
1.ª edición: noviembre, 1971

© GLENN PARRISH – 1971 sobre la parte literaria
© JORGE NUÑEZ - 1971 *sobre la cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a
favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona
(España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial
Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1971

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

- 62. — *Dimensión 354-X*, Joe Mogar.
- 63. — *lo, satélite de castigo*, Ralph Barby.
- 64. — *El largo día de los robots*, Glenn Parrish.
- 65. — *El poder invisible*, Keith Luger.
- 66. — *Tiempo invertido*, Glenn Parrish.
- 67.— *Un trazo de luz*, A. Thorkent.

CAPITULO PRIMERO

Los altavoces de la nave emitieron una orden a todo volumen:

—¡Atención, atención! ¡Prepárense los equipos de desembarco en la forma reglamentada para ocupar un nuevo planeta! Se solicitará información sobre disposiciones tomadas dentro de sesenta minutos, en que los jefes de equipo tendrán ya todo dispuesto sin pretexto ni excusa.

Decenas de pares de ojos contemplaban ansiosamente la superficie del planeta que se extendía bajo la inmensa astronave. Los científicos trabajaban en sus instrumentos, detectando a distancia las condiciones de vida en el planeta.

Era un mundo de aspecto muy atractivo, con atmósfera limpia y clara, tierras cubiertas de verdor y abundantes océanos.

—Semeja el paraíso terrenal —dijo uno.

Transcurrió la hora marcada por el comandante de la nave. Los altavoces sonaron de nuevo:

—Equipos de desembarco, informen —pidió el comandante.

—Equipo político, listo con documentación y credenciales —dijo su jefe.

—Equipo gráfico, todo preparado.

—Equipo científico, listos.

—Equipo de protección, armados según el reglamento.

—Equipo de socorro, listo en la nave para intervenir en cualquier emergencia.

—Muy bien —aprobó el comandante de la astronave —. Queda designado comandante de los equipos de desembarco, el teniente doctor Von Ruhris. Ahora, salgan y tomen posesión de ese planeta en nombre de

la Tierra.

Varias decenas de hombres y mujeres salieron ordenadamente, cuando la nave se hubo posado en el suelo del planeta. Avanzaron unos cien pasos, hasta detenerse en el centro de un gran claro herboso, rodeado de árboles de buena altura y abundante ramaje.

Uno de los terrestres era portador de la bandera azul de las Naciones Unidas. Con voz campanuda, el teniente doctor Paul von Ruhris, declamó:

—En el día de hoy, en nombre del planeta Tierra y por haberlo ordenado así la organización de las Naciones Unidas, yo, Paul von Ruhris, delegado legítimamente y con la autoridad necesaria para ello, tomo posesión de este planeta.

Hizo una pausa.

Según la costumbre, el comandante de una partida de desembarco tenía derecho a elegir el nombre con el que el planeta se conocería en lo sucesivo, independientemente de las cifras que figuraban en las cartas estelares.

—A partir de ahora y para lo sucesivo, este planeta, se llamará... Von Ruhris no pudo continuar.

Un salvaje alarido le interrumpió.

—¡A ellos!

—¡Mátenlos!

—No dejen ninguno con vida.

Estallaron
varios
disparos.
Alguien
dijo:

—¿Hemos llegado demasiado tarde y ya hay quien está haciendo películas del viejo Oeste?

Porque, en efecto, sus atacantes, montados en veloces corceles, vestían ropas de la época y lugar mencionados y utilizaban las armas adecuadas a la circunstancia.

Pero cuando uno de los desembarcados cayó gritando, los demás comprendieron que no se trataba de una broma.

—¡Fuego, fuego! —gritaban los atacantes.

Cada vez eran más los jinetes, que les disparaban con toda clase de armas. Las mujeres empezaron a chillar, pero su sexo no las libraba de ser alcanzadas por las balas que llovían de todos los sitios.

El comandante de la nave vio la catástrofe y lanzó un rugido:

—¡Equipo de socorro, actúen inmediatamente!

Una docena de hombres, armados con pesados fusiles radiantes, se precipitó fuera de la nave. Dos grupos de jinetes, atacando por ambos flancos, les castigaron terriblemente con rifles y revólveres.

Hombres y mujeres caían destrozados por los proyectiles. Corrían enloquecidos, buscando la salvación, pero eran rematados despiadadamente.

—¡Que no quede ni uno solo con vida! —ordenó alguien.

Tres o cuatro parecieron ser más afortunados que los demás. En realidad, sólo uno consiguió cruzar la escotilla de entrada, pero, en el momento en que se consideraba a salvo, una bala lo alcanzó y se desplomó fulminado.

El comandante de la nave estaba horrorizado.

—¡Arriba, arriba! —gritó.

La nave empezó a elevarse lentamente. Su comandante debía pensar en los vivos.

Por los muertos ya no podía hacer nada. Ni siquiera darles sepultura. Los supervivientes estaban aterrados.

—Nunca tuvimos un recibimiento semejante —dijo uno. El comandante de la nave formuló una pregunta:

—Masterson, ¿filmó usted las escenas del ataque?

—Por desgracia, sí, señor —contestó el cámara.

—Bien, será una prueba de la beligerancia de los habitantes de este planeta. Las

Naciones Unidas deberán tomar una decisión al respecto. Y en voz baja, para sí, se preguntó:

—¿Por qué vestían tan estrafalariamente y usaban unas armas de hace trescientos años?

*

*

*

Dan Harris era el comandante de la astronave *Meteor*. Después de ordenar el regreso a la Tierra, se dirigió a su cámara para redactar un informe de lo ocu-

rido.

Empleó casi tres horas, puliendo y corrigiendo algunos párrafos, añadiendo de cuando en cuando detalles que se le habían pasado por alto. Al terminar, llamó:

—Nicholson, venga inmediatamente; he de darle un mensaje para que lo curse

por el

transmisor

subespacial.

Nadie le

contestó.

—

¡Nicholson!

—llamó

de nuevo.

El silencio

a bordo

era

absoluto.

Harris salió de la cámara. En el pasillo, se tropezó con un hombre caído en el suelo.

Estaba

muerto.

Harris

sintió

frío.

Corrió a lo largo del pasillo y se acercó al puente de mando.

Los oficiales de guardia estaban muertos en su puestos. Incluso la cartógrafo, teniente Mary Sand.

Minutos más tarde, Harris llegaba a una espeluznante y devastadora conclusión.

Todos los tripulantes estaban muertos.

El era la única persona con vida a bordo de la *Meteor*.

* * El locutor dijo:

—Los miembros del jurado designado para emitir su veredicto en el juicio contra el comandante de la *Meteor* han llegado al fin a un acuerdo, después de varios días de laboriosas discusiones.

»Dan Harris, capitán de fragata, será declarado oficialmente demente e internado en una institución psiquiátrica hasta su curación. Nos parece un veredicto muy ajustado a las circunstancias.

»Como recordarán, el capitán Harris declaró que una gran banda de jinetes armados atacó y mató a sus equipos de desembarco, incluyendo al de socorro, pero las pruebas filmadas dieron solamente unas vistas del planeta que no había recibido aún nombre, sin personas vivas. Sólo se veían cuerpos tendidos en el suelo, sin señales de violencia.

»En cuanto al resto de los tripulantes, misteriosamente desaparecidos, Harris afirmó siempre que habían muerto de una enfermedad extrañamente rápida por lo virulenta, pero sus cadáveres no aparecieron en la *Meteor*.

»Es un enigma más que se debe añadir a los muchos que ha originado la navegación espacial...»

Greta Holmson se levantó del diván y cerró el televisor.

—¿Te importan las noticias más que yo, cariño? —preguntó mimosamente. Darryl Brabben dirigió una sonrisa a la hermosa mujer que estaba erguida ante él, cubierto su cuerpo de diosa, sucintamente por unos pocos centímetros cuadrados de tela.

—Sentía interés por conocer la suerte de Harris —contestó.

—En cambio, yo no tenía ninguno. Mejor dicho, de tener interés en él, hubiera querido que lo ahorcasen.

—Cariño, ahora la pena de muerte no existe.

—Es lo mismo. Para los tipos como Harris, debería restablecerse. Brabben la contempló con aire crítico.

—¿Echas de menos a Lars Holmson? —preguntó.

—A decir verdad, no. El afecto que nos tuvimos en tiempos pasados se convirtió en hielo puro, Darryl —contestó ella.

—Pero tu esposo viajaba en la *Meteor*.

Greta Holmson se encogió de hombros.

—Esa fue una de las causas que enfrió nuestro cariño. Estaba enamorado del espacio —dijo.

—Antiguamente, los marinos estaban enamorados del mar.

—Las mujeres eran menos independientes entonces, aunque también las había que se cansaban de estar solas largos meses. Lo mismo me pasó a mí, y hubo temporadas en que Lars estuvo ausente hasta dos años seguidos. Pero eso no quiere decir que deseara su muerte.

—Comprendo. Sin embargo, ya no se puede hacer nada.

Harris ha sido
declarado
oficialmente
loco.

—Siempre se le conocerá por el «exterminador del espacio» —dijo Greta—. Date cuenta, mató a ciento treinta y seis personas.

—¿Los mató él? —dudó Brabben.

Greta onduló hacia el hombre y se sentó insinuantemente en sus rodillas.

—Querido, ¿por qué no olvidamos de una vez ese desdichado asunto? —

susurró, con los labios muy

próximos a los del hombre.

Brabben sonrió.

—Eres la medicina ideal para olvidar las cosas desagradables de la vida —

contestó, mientras buscaba los rojos labios que se le ofrecían incondicionalmente.

CAPITULO

II

—A mí no me parece que el capitán Harris esté loco — declaró el doctor Havanagh a voz en cuello.

—Todo lo que dijo era una sarta de mentiras, del principio hasta el fin —alegó Harry

Moos—. No hay pruebas gráficas de los atacantes.

Varios de los asistentes a la reunión emitieron sus opiniones.

Eran contradictorias: unos creían en Harris y otros lo calificaban de asesino maniático.

—Y usted, ¿qué piensa de todo esto, Darryl? —preguntó de repente el doctor

Havanagh.

Brabben se puso en pie, desplegando su recia corpulencia de más de un metro noventa de estatura.

—Caballeros, si mal no recuerdo, llevan discutiendo desde las tres de la tarde, lo que, según mis cálculos, equivale a más de seis horas de vana palabrería —manifestó cortantemente—. Se me invitó a que asistiera a esta reunión de la Liga de Comandantes de Astronave y ahora se me requiere para que exponga mi opinión.

»Pues bien, voy a hacerlo —siguió Brabben—. La LCA es una fuerza poderosa. El comercio y la navegación interplanetarios dependen de nosotros. Un colega ha sido acusado, juzgado y sentenciado, pero, según mi modo de pensar, se ha omitido un detalle importantísimo.

—¿Cuál es? —preguntó Moos.

—Una investigación *in situ*.

Hubo un coro de exclamaciones. Alguien aprobó las palabras del orador.

—¡Brabben tiene razón, qué diablos!

—Sí, caballeros, creo tenerla —confirmó el aludido—. Ciento treinta y seis personas murieron o desaparecieron en el espacio y aún no se han aclarado suficientemente las circunstancias del hecho.

«Independientemente de que yo crea en la inocencia de Harris, estimo necesario realizar la investigación propuesta. En primer lugar, para esclarecer los hechos de un modo irrefutable y que no quede la menor sombra de duda sobre la culpabilidad o inocencia de Harris. Es muy cómodo sacudirse las pulgas como lo ha hecho el jurado; no se atreven a condenarle, pero tampoco lo quieren liberar. Solución: Harris al manicomio.

Sonaron algunos aplausos.

—¡Bravo, Darryl!

—Así se habla, Brabben.

—Ya era hora de que se
dijesen las cosas con claridad.

Havanagh, que presidía la
reunión, impuso orden.

—Caballeros, por favor —rogó, a la vez que daba unos
fuertes golpes de mazo sobre la
mesa—. Siga, Brabben.

—Sí, doctor. La segunda causa por la que se ha de realizar la investigación es, no sólo por nuestra propia seguridad, sino por la de los pasajeros y mercancías; en resumen, por el interés de la navegación espacial. Los peligros no se evitan huyendo de ellos, sino afrontándolos y sólo cuando se saben insalvables, entonces es cuando se rehúsa el enfrentamiento. Antes no, por supuesto, que es lo que se ha hecho con esta parodia de

juicio.

—Unas palabras muy fuertes, capitán Brabben —dijo Moos, que había formado parte del tribunal.

Brabben no pestañeó siquiera.

—Lo dicho, dicho está —replicó.

Moos se puso en pie, pero Havanagh le llamó al orden.

—Capitán, Brabben tiene derecho a expresar su opinión —dijo.

—Es una opinión insultante, doctor.

—Aunque así sea. Las peores opiniones deben respetarse y contradecirse con los hechos. Si se realizara la investigación y de ella se probase concluyentemente la culpabilidad de Harris, cosa que ahora no se ha hecho, usted tendría derecho a solicitar una rectificación del capitán Brabben.

—Muchos pensamos también así —gritó alguien.

—En resumen —dijo Havanagh—, ahora debemos decidir si se realiza o no la investigación propuesta por Brabben.

—Pero, ¿accederá la Comisión de Astronáutica de las Naciones Unidas? —dudó alguien.

Havanagh sonrió.

—No creo que a los honorables miembros de esa comisión les interese enfrentarse con la Liga de Comandantes de Astronaves.

—Paralizaríamos la navegación espacial —dijo uno orgullosamente.

—En resumen, ahora se va a decidir si se propone o no esa investigación. Y si se propone, se llevará a efecto —afirmó Havanagh rotundamente.

—¿Quién la dirigirá? —preguntó uno de los asistentes.

—Brabben —propuso otro en el acto.

—Lo siento, caballeros —rechazó el aludido—. Tengo aún la pierna resentida y no me encuentro en condiciones físicas. Tardaré algunos meses en recobrar la potencia habitual del miembro.

Havanagh asintió.

—Lo encuentro muy lógico —aprobó.

Tiempo atrás, Brabben había sufrido un terrible accidente al intentar salvar a uno de sus subordinados, que había cometido un error en pleno espacio.

El imprudente, una mujer, se había salvado, pero a Brabben, una escotilla repentina y violentamente cerrada, le había atrapado la pierna.

El mecanismo se bloqueó. Brabben sólo -podía salvarse de una forma.

El médico de a bordo la amputó en la misma esclusa. Brabben perdió la pierna, aunque, al regresar a la Tierra y dados los adelantos de la medicina, se le pudo trasplantar un miembro y recobrar así su normalidad corporal.

Sin embargo, la nueva pierna no le respondía aún del todo. Solucionados los problemas biológicos, Brabben no había conseguido aún superar del todo el *shock* psicológico que le producía tener una pierna enteramente natural, pero que no había nacido y crecido con él. A veces, se mostraba torpe y sabía que necesitaba mucho tiempo para olvidarse de aquella pierna que no formaba parte de su organismo en el momento de su nacimiento.

Los asistentes conocían la circunstancia y excusaron su negativa.

—Muy bien —dijo Havanagh—. En el momento oportuno, designaremos al comandante de astronave que ha de dirigir la investigación en nombre de la LCA. Ahora, por favor, votemos por el sistema de brazos levantados. Cada brazo en alto significa un voto afirmativo.

Hubo muy pocos que se negaron. Uno de ellos era Moos.

—Se acepta la proposición y mañana mismo será comunicada a la Comisión de Astronáutica de las Naciones Unidas —declaró Havanagh.

Brabben se acercó a Moos.

—No le entiendo —dijo—. Usted ha votado en contra. ¿Por qué? Moos le dirigió una mirada de cólera.

—La sentencia fue todavía benigna para ese asesino —contestó—. Mi hermana viajaba en la *Meteor*.

—Oh —murmuró Brabben—. Lo siento, capitán. Pero... no recuerdo el nombre de Moos entre los desaparecidos.

—Era su viaje de novios. Se había casado poco antes y figuraba con el apellido de Langham, de su esposo.

—Comprendo.

Créame que lo siento, capitán. Moos contestó con un bufido.

—Pero esa desgraciada circunstancia debería servir para que usted sintiese aún más interés por la investigación, ¿no cree? —añadió Brabben.

—En lo que a mí concierne, es un caso cerrado con un castigo mínimo —dijo Moos rencorosamente.

Y se marchó.

Brabben recogió su bastón y se dispuso a salir. El doctor Havanagh se acercó a él y le pasó confianzudamente una

mano por encima del hombro.

—No le haga caso —dijo—. Está resentido y lo encuentro lógico.

—Yo también lo comprendo, pero no sabía lo de su hermana —respondió Brabben.

—Era una muchacha encantadora e inteligente, llena de viveza y simpatía. Moos la quería mucho y estaba muy satisfecho con su cuñado. La pérdida, por tanto, fue doble.

—Sí, claro.

—Y si a ello añadimos que Harris pretendió a la pobre Nancy Langham...

—Ahora cree que Harris lo hizo por despecho, ¿no?

—Figúrese, Darryl.

—En tal caso, no debieron haberle permitido formar parte del tribunal, doctor.

—Le correspondía por turno legal, pero de donde no formó parte, y esto es lo importante, es del jurado. No se podía evitar, muchacho.

—Entiendo. Bueno, lo que interesa es que se haga la investigación, doctor.

—Se hará —afirmó Havanagh—. Y, a propósito, ¿qué tal va ese remo, Darryl? Brabben sonrió.

—Todavía me juega malas pasadas —contestó—. Creo que pertenecía a un tipo que tenía el hábito de golpear a su mujer en... bueno, imagínese dónde. Y no usaba la mano, desde luego.

Havanagh se echó a reír.

—Pues a mí me habían dicho que perteneció a un futbolista —exclamó jovialmente—. Tengo mi coche en la puerta. ¿Le llevo a casa?

—Gracias, doctor. Los médicos me han recomendado que haga mucho ejercicio. Pasear, sobre todo.

—Pasear, pero no imitar al anterior propietario. Adiós, Darryl.

—Adiós, doctor.

*

*

*

Brabben paseaba despacio por una calle flanqueada por una doble fila de gruesos castaños de Indias. Era de noche y la temperatura invitaba a retrasar el momento de meterse en la cama.

La pierna iba mejor cada día, pero aún sentía reticencia en usarla. A veces se preguntaba si no le habría resultado más conveniente una prótesis.

Se habría librado del problema psicológico. Y hasta de algún dolorcillo que otro cuando amenazaba un cambio de tiempo. Pero ya estaba hecho y no cabían rectificaciones. Ni las quería tampoco.

De repente oyó un débil grito.

Brabben se detuvo. Parecía una mujer.

El hecho no le produjo extrañeza alguna.

—Los tiempos pasan, pero las personas no cambian —filosofó—. Siempre hay mujeres tontas que salen a pasear solas por la noche y tipos aprovechados de estas ocasiones.

El grito se repitió.

Ella apareció de repente, corriendo como perseguida por cien legiones de diablos.

En realidad, eran sólo dos hombres y parecían furiosos porque la mujer daba la sensación de que les iba a ganar la carrera.

De repente, ella vio a Brabben y lanzó un grito de súplica:

—¡Ayúdeme, por favor!

CAPITULO

III

Brabben apreció la situación de una rápida ojeada.

Ella era joven y hermosa, aunque no parecía llevar encima nada que pudiera excitar la codicia de unos ladrones. Brabben, sin embargo, no podía desoír aquella petición de socorro.

Los ladrones estaban a punto de alcanzarla.

—Póngase detrás de mí, señora —indicó él.

La joven obedeció. Brabben asentó firmemente los pies en la acera.

—Quietos —ordenó escuetamente.

Los dos sujetos se detuvieron en el acto.

—Apártese —dijo uno de ellos.

—No malgastes el tiempo —añadió el otro—. Dale ya, tú.

El primero sacó una pistola radiante. El bastón de Brabben entró en funciones con efectos devastadores.

Se oyó un estremecedor chasquido de huesos. Un hombre cayó de rodillas, gimiendo de dolor, olvidado por completo de su arma.

El otro lanzó un rugido de cólera y cargó contra Brabben. Tropezó con la contera del bastón, que salió al encuentro de su estómago, y se quedó repentinamente sin aire en los pulmones.

El bastón golpeó de nuevo y el ladrón gritó, encorvándose sobre sí mismo. Brabben aprovechó la ocasión y le asestó un terrible puntapié, que le obligó al otro a salir disparado.

«¡Caramba! A ver si es cierto que mi pierna perteneció a un tipo que tenía el vicio de entrenarse con el trasero de su mujer», pensó.

Pero el golpe había tenido la potencia de sus buenos tiempos, cuando empleaba su primera pierna, y ello le alegró considerablemente, porque veía que el trasplante ya no le preocuparía más.

El ladrón de la muñeca rota se levantó y echó a correr con

pasos inseguros. Brabben usó el bastón de nuevo y la pistola desapareció por el cercano imbornal de una alcantarilla.

Luego se volvió hacia la desconocida.

—Señora, ya ha pasado el peligro — anunció. Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—No sé cómo agradecerle... — contestó. Brabben la estudió unos instantes.

Era una muchacha de aventajada estatura, vestida con un sencillo traje sin mangas y de cuello cerrado, el borde de cuya falda quedaba muy lejos de las rodillas. Brabben observó que el traje era muy barato y de tejido sumamente sencillo.

Debajo del vestido, la chica no llevaba, seguramente nada más.

—Ha sido un placer, señora —aseguró Brabben—. ¿Quiere que la acompañe a alguna parte?

—Pues...

La joven no pudo continuar. De pronto, cerró los ojos, lanzó un hondo suspiro y

empezó a caer.

Brabben apenas si tuvo tiempo de alargar los brazos para evitar que la hermosa desconocida chocase contra el duro pavimento.

—Y ahora, ¿qué hago yo? —se preguntó, desconcertado, cuando vio que tenía a una muchacha en los brazos, desmayada y sin posibilidades de recobrar el sentido, por el momento.

*

*

*

Por fortuna, la casa de Brabben no estaba muy lejos.

Todavía era soltero y vivía solo. Aunque hubiera podido comprarse un robot- sirvienta, Brabben prefería pagar a una mujer por tres o cuatro horas diarias de limpieza.

—Cobra el sueldo de un cuarto oficial de astronave, pero vale la pena —aseguraba a los amigos que le tachaban de sibarita y derrochador.

La joven quedó tendida sobre un cómodo diván. Tenía los ojos cerrados y respiraba regularmente.

—Un simple desmayo —calculó.

Fue a la cocina y programó café para cuatro tazas. Luego regresó a la sala.

Con un pañuelo mojado en Agua de Colonia, humedeció las sienes de la muchacha. Ella tenía la piel dorada y su cuerpo poseía una belleza de líneas pocas veces apreciada por un conocedor como era Brabben.

El pelo era oscuro, aunque no negro, y muy brillante, además de considerablemente largo. Ella no iba peinada, simplemente lo llevaba suelto, sin el menor retoque.

Al cabo de unos minutos, ella abrió los ojos.

Sus primeras palabras fueron para emitir una pregunta clásica:

—

¿Dónde
estoy?

—En un sitio seguro y acogedor, señorita. —Brabben ya había apreciado que tenía las manos limpias de anillos—. Mi nombre es Brabben, Darryl Brabben, y soy comandante de astronave, actualmente en licencia temporal por inutilidad física.

—Ah —murmuró ella

—. Yo me llamo
Dzalia.

—

Dzalia,
¿qué
más?

—

No
sé.

Brabben se desconcertó, aunque procuró no manifestarlo externamente.

—

¿Cómo?

¿No
sabe
quién
es?

—

Yo
soy
Dzalia.

—Bueno, pero todas las
personas, tienen apellido.

—

¿Qué
es
apellido?

«El ataque ha provocado en ella un *shock* y ahora padece una amnesia temporal», diagnosticó Brabben

mentalmente

En la cocina

se oyó un

leve tañido.

—Perdone un momento, señorita. Voy a traer café.

Dentro de unos minutos se sentirá mejor.

—Sí, gracias —contestó

Dzalia desmayadamente.

Brabben fue a la cocina y regresó a los pocos minutos con una bandeja en la mano.

—Tome —dijo,
entregándole
una taza. Ella
le dirigió una
sonrisa de
gratitud.

—Temo que le estoy dando demasiadas molestias —dijo.

—No se preocupe, señorita.

—Usted hizo huir a los que me perseguían.

—Bueno, me pareció lo correcto. Claro que lo que ellos hacían era, precisamente, lo incorrecto.

Dzalia sonrió.

—Sí, es verdad —convino.

—Pero hay algo que me extraña —alegó Brabben.

—¿Qué es, capitán?

—He podido apreciar que usted no lleva bolso ni objetos de valor que puedan interesar a unos ladrones.

Y si no pretendían robarle,

¿qué es lo que buscaban?

Dzalia se puso seria.

—¿Me excusa
la respuesta,
capitán?

Brabben hizo
un gesto de
resignación.

—No me gustaría ser tachado de indiscreto —contestó—. Pero ahora querrá avisar a su familia.

—No tengo familia.

—Bueno, amistades, conocimientos...

—Tampoco tengo amistades ni conozco a nadie.

«Está peor de lo que yo creía. Es sólo amnesia de personalidad, pero hay que curarla lo antes que se pueda», pensó Brabben.

—Y no conoce sus apellidos.

—No.

Brabben apuró su taza de café.

—Bien, no se preocupe por ello —dijo, con la sonrisa en los labios—. Yo tengo amigos que la ayudarán a salir de esta situación.

Dejó la taza a un lado y se acercó a la mesita donde estaba el videófono. Sus dedos se movieron por el teclado, componiendo una cifra: la correspondiente al Departamento de Policía.

Pediría comunicación con la División de
Personas Desaparecidas y... De pronto,
notó cierto contacto en el cuello.

Unos dedos se habían apoyado a ambos lados de su garganta. Eran suaves, pero fríos. Brabben permaneció inmóvil. Los dedos de Dzalía resbalaron hacia arriba y llegaron a sus sienes.

Una voz misteriosa penetró en su mente:

—Olvida... olvida todo... Olvídate de mí... Duérmete...
Duérmente... D-u-é-r-m-e-t-e... Brabben se durmió.

*

*

*

—¿Cómo
va la
pierna,
muchacho?

—Bien, doctor. Ya la considero
como mía —sonrió Brabben.

—Lo celebro, Darryl. Hay muchos que no pueden superar
el trauma psicológico y es preciso recurrir al método clásico
del miembro artificial. A usted ya no se le nota nada, de lo
que me alegro.

—Gracias, doctor Havanagh. A veces, opino,
también es cuestión de suerte.

—A lo que es preciso añadir la paciencia y la fortaleza de
espíritu —dijo Havanagh sonriendo—. Y no todos poseen
esas virtudes.

—Era cuestión de dejar correr el tiempo. Dígame, doctor,
¿hay noticias de la *Inquirer*?

—Bueno, los últimos mensajes, transmitidos por radio
subespacial, señalaban que ya entraba en los límites de
órbita normal de aquel planeta. Por lo demás, todo va bien
a bordo. Y, pese a su genio atrabiliario, Moos es un
competente comandante de astronave.

—Eso no se puede negar, doctor —admitió Brabben.

—Su idea fue buena, muchacho. Convenía esa
investigación, en efecto.

—Pero si la LCA no pega puñetazos encima de la mesa,
todavía no se habría hecho nada al respecto.

Havanagh sonrió.

—Bueno, tenemos mucha fuerza, es preciso reconocerlo -

—dijo—. Y, sí, hubo que dar puñetazos sobre la mesa. Más
de uno y más de dos. A propósito, me dijeron algo de cierto
incidente que le ocurrió hace algunas semanas. He estado
ausente algún tiempo y creo que tuvo usted algún jaleo con
la policía.

—No fue nada de importancia, doctor. Encontré a una
chica amnésica, la llevé a mi casa y luego ella, desapareció

cuando me disponía a llamar a Personas Desaparecidas para que la atendiesen.

—¡Hum! Por ahí se hacen comentarios maliciosos...

—Ganas de hablar, doctor —sonrió Brabben—. Bien, si me dispensa... Se me hace tarde para ir a clase.

Havanagh arqueó las cejas.

—¡Caramba, muchacho! —exclamó—. Usted es joven, pero me parece que ya ha dejado atrás la época de los estudios.

Brabben sonrió.

—Estoy siguiendo un curso de Psicología —contestó—. Las nuevas teorías del profesor Wurtzburg son fascinantes.

—He oído hablar de ello —admitió Havanagh—. Emplea unos procedimientos completamente nuevos, ¿no es cierto?

—Sí, sobre todo, el uso de la psicograbadora es algo fascinante y digno de verse, créame, doctor.

—Bien, quizá a mis años tenga yo también que ponerme a estudiar. Pero no comprendo de qué le pueden servir a usted esos conocimientos.

—Doctor, un comandante de astronave se ve a veces en situaciones críticas, debido a una inesperada inestabilidad emocional de algún tripulante. No quisiera encontrarme con un problema semejante en mi próximo vuelo espacial —respondió Brabben.

CAPITULO IV

Brabben llamó a la puerta y esperó unos instantes. Una voz femenina habló a través del micrófono situado en la jamba.

—

¿Darryl?

—

Sí,
nena.

—Abre, no
está cerrado
con llave.

Brabben hizo girar el pomo y entró detrás de un enorme ramo de flores. La voz de Greta Holmson sonó en el interior del departamento:

—Estoy en el baño,
salgo en seguida,
cariño.

—¡No
tengas
prisa! —
contestó él.

Pasaron algunos minutos. De pronto, apareció Greta, radiante de belleza. Brabben se quedó con la boca abierta.

—

¡Rayos!

—

murmuró.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre, bribón? —sonrió ella, visiblemente complacida por la sorpresa del hombre.

—

Bueno,
estás...

—He cambiado un poco de aspecto —dijo Greta—. La piel

tostada, el pelo suelto y más oscuro... El rubio nórdico está pasado de moda ahora.

Greta se ahuecó el cabello, largo y suelto sobre los hombros. Brabben parpadeó.

—Me
recuerdas
a alguien
—dijo.

La joven se le acercó y le puso
ambos brazos en torno al cuello.

—Quiero que mi nuevo aspecto te recuerde a mí solamente
—dijo con voz acariciadora.

—Se te nota un tanto exótica, pero ello te hace mucho más
atractiva —elogió Brabben.

—Eso es lo que pretendía —murmuró la joven, buscando
ansiosamente los labios varoniles.

Cuando se trataba de rendir homenaje a la belleza femenina,
Brabben no se sentía remiso en modo alguno.

Minutos más tarde,
Greta preparó unas
copas.

—Me gustan las flores —dijo—. ¿Las has traído
para conseguir mi perdón?

—¿No
me lo
has
otorgado
ya?

—Eres un tipo listo, Darryl, pero lo cierto es que me has
tenido abandonada durante meses.

—En primer lugar, estuve estudiando. Después hice un corto
viaje por el espacio, entrenamiento, más bien. Y en cuanto
recibí tu llamada... ¿cuánto he tardado en venir?

—Quedas disculpado —concedió ella

—. ¿Has oído las noticias?

—
No.

¿A
qué
te
refieres?

—El comandante Moos anunció tener a la vista el planeta misterioso. Dijo que pronto enviaría un primer informe de su investigación.

—Ha tardado demasiado tiempo en llegar —alegó Brabben.

—Tuvo una avería y se vio obligado a retroceder para aterrizar en una estación espacial de tránsito. Si quieres que te diga la verdad, yo también estoy ansiosa por saber lo que pasó allí.

—Todos sentimos la misma ansiedad, Greta.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Perdóname —dijo ella, a la vez que se ponía en pie.

Greta cruzó la sala y abrió.

Dos hombres aparecieron ante su vista. Brabben empezó a levantarse.

—¡Cuidado, Greta! —vociferó.

Era ya demasiado tarde. Uno de ellos sacó la pistola y disparó un potente chorro de gas al interior de la sala.

Brabben se tambaleó. «Otra vez aquellos dos ladrones», se dijo, mientras empezaba a caer, asombrado de la instantaneidad de los efectos del gas narcótico.

*

*

*

—Vamos a morir —dijo Ricardo Martínez.

A su lado, Blackie Uwer hizo un signo de asentimiento.

—Espero no irme solo al otro barrio —dijo, a la vez que empuñaba con fuerza su fusil radiante.

El suelo estaba lleno de cadáveres a su alrededor. La *Inquirer* había levantado el vuelo hacía rato.

—Nos dieron por muertos —se lamentó Martínez.

—¿Qué querías que hiciesen? En su lugar, tú habrías obrado exactamente igual que el capitán Moos.

Martínez sacó un cuadernillo y un lápiz.

—Blackie, vigila —dijo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Uwer.

—Quiero escribir lo que nos ha pasado. Alguien vendrá un día a este maldito planeta y encontrará mis notas.

—Está bien.

Uwer paseó la vista por las inmediaciones. El enemigo permanecía invisible entre la arboleda, pero sabía que los tenía a menos de cien metros de distancia.

El y Martínez habían conseguido ganar un hoyo, parcialmente protegido por un grueso tronco de árbol, caído en alguna tormenta. Alrededor de ellos yacían todos los

cadáveres de los equipos de desembarco.

Y muchos esqueletos.

Los esqueletos de los tripulantes de la *Meteor*. Al examinarlos, habían hecho hallazgos muy interesantes.

Martínez recitó mientras escribía:

—Desembarcamos en N.S.-15-004 sin novedad. Encontramos los restos de los tripulantes de la *Meteor*. A juzgar por sus apariencias, murieron sin violencia.

»A los pocos minutos, fuimos atacados por una turba de jinetes, armados con rifles y pistolas de fines del siglo XIX y con la indumentaria adecuada a la época. No atendieron a demandas de parlamento ni respetaron a los heridos.

»Los últimos supervivientes fuimos Blackie y yo, Ricardo Martínez. No esperamos salvarnos; sólo queremos que los que vengan después, conozcan los hechos. Pero en los cadáveres de los tripulantes de la *Meteor* no había signos de violencia ni huellas de balazos.

» ¿Por qué?

En el bosque sonó un estampido de arma de fuego.

Uwer se deslizó a un lado y quedó apoyado de espaldas sobre el tronco. Martínez se estremeció.

Había un sangriento orificio en la frente de su compañero.

La sangre corrió por su cara. Martínez firmó resueltamente y puso la fecha. Después, meditó unos instantes y

añadió

una

postdata:

«He resuelto imponer un nombre a este planeta. Se llamará "Muerte".»

Dejó el cuaderno a un lado y empuñó su rifle con ánimo de disparar contra el primero que se le presentase a tiro. De pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—¡Eh, forastero!

Martínez se volvió. Delante de él, flameó estruendosamente un anticuado revólver.

El cuerpo de Martínez sufrió varias convulsiones. Luego se encorvó en el suelo y quedó inmóvil, apoyado en las piernas de Uwer.

De nuevo volvió el silencio. Una tibia brisa agitaba blandamente las hojas de los árboles.

*

*

*

—¿No puede describirme a esos sujetos, capitán Brabben?

—preguntó el teniente

Keene, del Departamento de Policía.

—Lo siento. Tenían un aspecto muy común. Ciertamente, los reconocería ahora mismo, si los viese de nuevo, pero la descripción verbal puede corresponder a varios millones de hombres.

—No se fijó usted demasiado, que digamos

—murmuró Keene, quejoso. Brabben se picó.

—Teniente, habían pasado varios meses desde el intento de secuestro de la señorita Dzalía. A pesar de todo, supe reconocerlos en el acto, pero eso es todo lo que pude hacer. Su gas narcótico actuó en menos de cinco segundos.

—Y no sabe qué ha sido de ella.

—¿Lo saben ustedes? —respondió Brabben malhumoradamente. Había algunos policías revolviéndolo todo.

—No creo que encontremos ninguna pista —dijo el sargento Trudeau.

—Se la llevaron de la misma puerta —aseguró Brabben—. No hubo lucha ni cosa que se le parezca.

Un agente entró en aquel momento.

—Teniente, hay un vecino que dice haber visto salir a la señora Holmson —informó—. Al parecer, ella iba tan contenta con sus secuestradores.

—¿Seguro, Mike?

—El testigo

así lo

afirma,

teniente.

Keene miró

de reojo a

Brabben.

—Capitán, ¿qué clase de relaciones le unían con la señora Holmson? —preguntó.

—Era una mujer joven, hermosa y libre —respondió Brabben cortantemente.

—Comprendo.

El sargento Trudeau le hizo señas a espaldas del joven. Keene miró en aquella dirección. Trudeau le señalaba una botella medio vacía. Al lado había un par de copas con evidentes signos de haber sido utilizadas repetidas veces. Keene se puso en pie.

—Capitán —dijo severamente—, otra vez procure ser moderado con la bebida. El exceso de alcohol suele producir efectos muy raros en algunas ocasiones.

Brabben se indignó.

—¿Qué dice? ¡Secuestraron a Greta...!

Con aire de hastío, Keene hizo una señal a sus hombres.

—Vámonos, muchachos. La señora Holmson se fue de parranda con unos amigos, simplemente. Tal vez, en efecto, le recibió a usted para pasar la velada juntos, pero cuando vio que se había emborrachado, cambió de opinión y se marchó a divertirse en otra parte. Espérela, ya volverá.

Brabben tenía la boca abierta.

—Pero si yo...

¡BLAM!

El portazo que dio el último policía al salir, le pareció a Brabben una carcajada de burla. Se acercó al estante y examinó la botella y las copas.

—No tomé más que un trago —murmuró— Es imposible que me haya emborrachado. Y Greta se había ido con los dos secuestradores, voluntariamente al parecer.

De repente se le ocurrió una idea.

Corrió al lavabo y se inclinó hasta casi meter la nariz por el desagüe.

—Lo de la borrachera fue un truco —masculló, furioso, al advertir la treta de los dos desconocidos—. El whisky que falta se fue por aquí.

Sí, era fácil de adivinar, pero, ¿adónde se había ido Greta?

La señora Holmson no volvió a la mañana siguiente. Brabben la esperó en vano.

CAPITULO

V

Darryl Brabben hizo un viaje de tres meses de duración. A su regreso, se encontró con una gran sorpresa.

Moos había regresado, único superviviente de la *Inquirer*.

El doctor Havanagh llamó a Brabben apenas conoció la noticia de su vuelta.

—Darryl, ¿se ha enterado? Moos está en el manicomio, igual que Harris.

—Sí, escuché las noticias durante el viaje de vuelta, a punto ya de aterrizar.

—Temo que la expedición haya sido un rotundo fracaso —se lamentó Havanagh—. Moos ha repelido, punto por punto, lo mismo que dijo Harris. Yo no lo entiendo, se lo aseguro sinceramente.

—Aquí sucede algo extraño, doctor —dijo Brabben a través del videófono—. ¿Recuerda el juicio de Harris?

—Por supuesto.

—A mí me dio la impresión, en todo momento, de que él no era él, no sé si usted me entiende. Parecía ausente, contestaba mecánicamente, aunque, eso sí, con perfecta coordinación mental y verbal... Pero a mí me dio la sensación de que había alguien dictándole las respuestas.

—¿Sugestión hipnótica?

—Tal vez, doctor.

—Posiblemente, dado que el caso de Moos parece calcado del anterior. Pero entonces,

¿quién
los
hipnotizó?

Brabben se encogió de hombros.

—Lo siento. Eso ya escapa incluso a mi fantasía, doctor —respondió.

—Los psiquiatras, desde luego, han probado el hipnotismo. Sin resultado, desde luego.

—¿Puede una mente ser superior a otra hasta el punto de prohibir a ésta mencionar cosas que perjudiquen a la primera?

—Teóricamente, sí. Y los casos de Harris y Moos así parecen probarlo. Brabben se mordió los labios.

—De todas formas, a mi entender, los psiquiatras del establecimiento donde están esos infelices no han empleado todos los procedimientos —dijo.

—Brabben, no aventure juicios temerarios. Es uno de los mejores hospitales psiquiátricos que se conocen.

—Sí, pero hasta en esos sitios se llega a una especie de rutina, de la que es muy difícil salir. Han probado todos los procedimientos clásicos, algunos, incluso, muy aventajados, pero nada más.

—¿Qué trata de decirme, Darryl?

—Le daré una respuesta cuando haya hablado con el doctor Wurtzburg —contestó el joven, sin querer entrar en más detalles.

*

*

*

El doctor Wurtzburg estaba ausente, informó a Brabben una linda secretaria.

—Tardará tres días en volver —dijo la chica—. ¿Quiere que tome nota de su solicitud?

—Sí, por favor, a nombre del capitán de corbeta Brabben, comandante de astronave. Asistí a su segundo curso sobre Teoría de la Psicología Moderna.

—Muy bien, así se lo diré cuando regrese, capitán —prometió la secretaria. Brabben se quedó sin saber qué hacer.

Tenía por delante seis semanas de descanso antes de emprender su próximo viaje espacial. Conocía a un par de chicas, y cualquiera de ellas daría gritos de alegría cuando le propusiera ir a cenar juntos, pero no se sentía con ánimos de diversión.

En lugar de ello, acudió a la casa de Greta Holmson.

—La señora Holmson ya no vive aquí

—informó el robot-conserje.

—¿Cuál es su nueva dirección? —preguntó Brabben.

—Respuesta negativa. Se desconoce —contestó la máquina.

—Al menos, conocerá la fecha de su partida.

—

Sí, señor.

La fecha citada por el robot coincidía plenamente con la del hecho que Brabben continuaba calificando de secuestro.

—Gracias

—dijo al robot-conserje.

—Nuestro deber es servir a los humanos

—le respondió el artefacto.

Brabben torció el gesto. A veces se consideraba

demasiado anticuado, aun reconociendo la utilidad de las máquinas.

Una vez en la calle,
buscó una cabina
telefónica.

—¿No me reconoce, teniente Keene? —dijo, una vez establecida la comunicación.

—Tengo buena memoria, capitán —respondió el policía

—. ¿Puedo servirle en algo?

—Greta Holmson continúa desaparecida. No se la ha vuelto a ver desde el día en que denuncié el secuestro.

—

¿Seguro,
Brabben?

—A menos que el robot-
conserje me haya
engañado...

—No parece probable, capitán. De todas formas, gracias por la llamada. Daré orden de investigar de nuevo. Ah, ¿por qué ha tardado tanto en decírmelo?

—He regresado hace dos días de un viaje espacial. Hoy se me ocurrió visitar a la señora Holmson.

—Comprendo. Bien,
haremos lo que
podamos.

—Ah, teniente. Aquel día, no me emborraché. La mitad del licor que faltaba en la botella se fue por el desagüe del lavabo.

Keene
hizo
una
mueca.

—No somos infalibles —reconoció humildemente—. Debí haber ordenado una diligencia tan simple..., pero recurrí a lo más fácil. Dispénsame, capitán.

Brabben
sonrió.

—Todos cometemos errores. Celebro haberle saludado, teniente —se despidió. Consultó su reloj. Eran las siete y media.

—

Hora
de
cenar.

A fin de cuentas, era joven y poseía un apetito envidiable. Y quedarse sin comer no iba a resolver sus problemas.

Un helitaxi le llevó al Sybaris, uno de los más acreditados restaurantes de la ciudad. Era viejo cliente y Moritz, el *maître*, le colocó en la mejor mesa.

—¿Algo especial, capitán? —consultó Moritz.

—Usted ya conoce mis gustos —sonrió Brabben.

El *maître* se inclinó, ufano de que un cliente tan distinguido dejase en sus manos la elección del menú. Luego se alejó, no sin antes ordenar que sirviesen a Brabben un combinado.

El joven encendió un cigarrillo. Entonces reparó en una hermosa mujer en la que no se había fijado hasta entonces.

Estaba medio vuelta de espaldas a él y vestía un traje blanco, sin mangas, con gran escote en la espalda, lo que permitía ver una piel cálida y dorada. El pelo era muy abundante y de color oscuro, aunque en esta ocasión estaba peinado en un altísimo moño, de traza exótica, sujeto por una larga sarta de perlas.

Había valiosos brazaletes de joyas ciñendo los desnudos brazos de la mujer. Brabben, una vez se hubo recobrado de la sorpresa, se puso en pie y caminó hacia la mesa donde estaba ella.

—Ya tenía ganas de verte de nuevo, Greta —dijo. La joven levantó la cabeza y le miró extrañada.

—¿Cómo ha dicho, señor?

—preguntó.

Brabben se quedó de piedra.

—¡Dzalia! —exclamó, sin poder contenerse.

*

* * La joven le

dirigió una

hechicera sonrisa.

—¿No quiere sentarse, capitán? —invitó.

Brabben aceptó instantáneamente.

—Tenemos mucho de qué hablar, señorita ...

—Llámeme por mi nombre, se lo ruego.

—Está bien, Dzalia, pero insisto en lo que he dicho. Quiero hablar con usted. Ella le miró penetrantemente.

—¿Lo cree necesario, capitán?

—Enfáticamente, sí.

Moritz se acercó y le consultó si debía servirle la cena en aquella mesa. Brabben hizo un signo de asentimiento y el *maître* se alejó.

—¿Por qué no espera a que terminemos de cenar?

Podemos charlar mejor en mi casa,

¿no cree?

—¿Me invita a su casa?

—Si no pone objeciones...

—Ninguna —aceptó él entusiasmado.

Un camarero le sirvió el primer plato. Brabben se sentía hervir de curiosidad.

—A pesar de todo, no renuncio a conocer algunos detalles de usted, Dzalia —dijo.

—¿Por ejemplo?

—Verá... cuando la vi por primera vez, usted parecía la Cenicienta. Ella se echó a reír.

—Muy apropiado —dijo—. ¿Y ahora?

—

Está
cubierta
de
joyas.

—Puedo
permitirme esos
lujos, Darryl.
Brabben dejó de
sonreír.

—Está pensando mal
de mí —adivinó
Dzalia.

—

Bueno,
yo...
Dzalia
agitó
una
mano.

—

¡Moritz!

—

llamó.

—Al momento, señorita De Bruyter

—contestó el maestresala.

—Vaya, ahora tiene apellido

—dijo Brabben, atónito.

—Por favor, Moritz —rogó ella—, díglele al
capitán quién soy yo. Moritz hizo un gesto
de reprobación, moderadamente
confianzado.

—Pero, capitán, por el amor de Dios... ¿Quién no conoce,
hoy día, a la famosísima Dzalia de Bruyter, autora del
Concierto de las Galaxias, la obra más célebre de los últimos
cincuenta años?

—Me ha dado

mucho dinero —
sonrió ella.

Brabben se sentía
desfallecer.

—

Compositora
de música

—dijo.

—Así es —confirmó Dzalía—. Pero, por favor, se le está
enfriando la sopa y sería una lástima que la tomase fría.
Pierde todo su atractivo.

Brabben se llevó
la cuchara a los
labios.

—Soy un zoquete
para la música —
confesó.

—No se puede pedir que todo el mundo sea
aficionado a ella —dijo Dzalía.

—Pero me gustará oír el *Concierto de las Galaxias* en
su propia casa —aseguró él.

CAPITULO

VI

Sí, la famosa obra había dado mucho dinero a su autora, a juzgar por el lujo de su residencia. Brabben no acababa todavía de salir de su asombro.

El salón principal era enorme y decorado con gran gusto. En uno de los ángulos había un piano de cola, del mismo color que la piel de Dzalía.

—Sírvese usted mismo de beber —indicó la joven graciosamente—. Mientras, yo interpretaré el *Concierto* sólo para usted.

—Será una velada memorable —afirmó Brabben.

La partitura estaba sobre el piano. Brabben leyó su encabezamiento por curiosidad:

Concierto de las Galaxias,
Opus núm. 1, Dzalía de
Bruyter.

Los dedos de Dzalía iniciaron los primeros acordes. Brabben, con una gran copa entre las manos, se sentó en un cómodo butacón.

A los pocos compases, se sintió arrebatado por una extraña emoción. Era una música que sonaba lejanísima, como si viniese de los más remotos confines del Universo, atronadora a veces, trepidante en ocasiones, luego dulce y acariciante, pero en modo alguno complicada ni difícil de captar por oídos profanos. Poco a poco, Brabben se sintió sumergido en una especie de esfera negra, constelada de estrellas, en la que sólo se veía la silueta de la concertista, abstraída en su labor.

El concierto terminó con unos acordes que parecían la explosión de una estrella, disolviéndose luego en la nada de unos pianísimos. Las últimas notas quedaron flotando largos segundos en la sala después de que Dzalía hubiese dejado de tocar.

La joven, sonriente, giró en el taburete para quedar frente a

él.

—¿Qué le ha parecido, Darryl?

Brabben sacudió la cabeza, como para arrancarse a la fascinación que le había producido la música.

—¿Puedo decirle... que no sé qué decirle... porque, precisamente, lo que le dijera no podría expresarle lo que se le debe decir?

Dzalia lanzó una argentina carcajada.

—Póngame una copa a mí también, Darryl —pidió— ¿Se ha dado cuenta —añadió de pronto—, que tenemos las mismas iniciales?

—Una afortunada coincidencia, desde luego.

Brabben puso coñac en una copa y se la entregó a la joven. Ella se puso en pie.

—Nadie ha elogiado mi música mejor que usted —dijo.

—Acaso porque soy un ignorante.

—Los conocimientos entran mejor en las mentes sin cultivar que en las que están atiborradas de saber, sea de la clase que sea.

—Puede ser. Pero ahora, Dzalia, ¿por qué no hablamos un poco en serio?

—¿Lo quiere así, Darryl?

—No deseo otra cosa, Dzalia.

La joven pareció quedarse meditando unos segundos. Con gestos maquinales, se despojó de los brazaletes y luego deshizo su peinado, dejando que el pelo cayera largo y suelto hasta más abajo de la cintura.

—Pregunte, Darryl —invitó
al cabo de unos instantes.

—Aquellos individuos
la atacaron, ¿por
qué?

—Usted ya lo sabe.

Querían
secuestrarme.

—Bien, pero con
alguna finalidad,
¿no?

—Sí. Sospecho que querían
devolverme a mi planeta de origen.

—Ah,
usted
no es
terrestre
Dzalia
hizo un
signo
negativo.

—Y bien, ¿de dónde
es? —preguntó
Brabben.

—
Lo
ignoro,
Darryl.

—¿Aún no ha
recobrado la
memoria? Ella
se puso las
manos en las
sienes.

—Trato de recordar... y siempre me tropiezo con una espesa
niebla que me impide ir más allá de ciertos límites en el

tiempo. Tengo una vaga idea de haber escapado en una astronave, pero no puedo recordar más. Eso es todo lo que puedo decirle sobre mi origen planetario, Darryl —declaró agitadamente.

—No se excite —aconsejó él—. Si no quiere seguir hablando... Dzalia le dirigió una cálida sonrisa.

—No importa —contestó—. Sé que algún día tenía que hacerlo... y ¿por qué no hoy mismo?

—Muy bien. Algo le sucedió que ha provocado en usted esa amnesia. Pero ya ha recordado su apellido.

—

Es inventado, Darryl.

—

¿Cómo?

—Cuando compuse mi concierto y lo presenté en el conservatorio, tenía que dar algún apellido. Primero di uno vulgar, pero me aconsejaron que tomase uno de cierta sonoridad, algo así como un nombre artístico. Pero, en realidad continuó ignorando mi auténtico apellido.

—¿Tiene esperanzas de conocerlo algún día? Dzalia hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé. Y, en realidad, ¿importa mucho?

—Tal vez para su futuro —opinó Brabben.

—Es posible, aunque, por ahora, no puedo hacer nada en ese sentido.

—Sin embargo,

me
hipnotizó.

—Y le
ordené
que me
olvidase.
Brabben
sonrió.

—Dzalia, usted podía haberme ordenado olvidar muchas cosas, pero precisamente, me ordenó lo imposible —
contestó.

La joven
se sonrojó
visiblemente.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó él, secretamente satisfecho del rubor que aparecía en las mejillas de la joven.

—No estoy muy segura, pero... creo que alguien me lo ordenó —repuso Dzalia.

—Hay algo oscuro en su vida, que usted misma ignora. ¿Le gustaría que se hiciese luz en esos pasajes que ahora le son desconocidos?

Dzalia le dirigió
una mirada
penetrante.

—¿Cree usted que me conviene?

—Y usted, ¿no lo cree así también?

Sobrevino una pausa de silencio. Dzalia se acercó al piano y tocó unas cuantas teclas muy suavemente.

De pronto, se volvió hacia Brabben.

—Darryl, ¿hay alguna posibilidad de que yo vuelva a recordar todo lo que ahora he olvidado? —preguntó.

Brabben echó a andar hacia ella.

—Sí —contestó—. Y es lo que más deseo.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—¿No te lo imaginas?

Sobrevino una pausa de silencio. Dzalia respiraba profundamente, con rítmicos movimientos, que hacían subir y bajar su pecho.

¿De qué color eran las pupilas de Dzalia?, se preguntó Brabben, mientras rodeaba con los brazos su esbelta cintura.

Se inclinó hacia ella. En la mirada de Dzalia halló una respuesta afirmativa a su muda pregunta.

*

*

*

Estaban sentados, con las cabezas muy juntas. La de Dzalia se apoyaba en el hombro de Brabben.

—¿Crees que conseguirás bucear en mi mente? —preguntó ella, después de un largo silencio.

—No lo dudes. Sabremos quién eres, de dónde vienes, tus amistades... Todo, te lo aseguro. Y no padecerás en absoluto, créeme.

—Me siento muy contenta, Darryl, pero aunque siguiera en la ignorancia, ya no me importaría.

Brabben sonrió complacido.

—Creo que me enamoré de ti desde el primer momento que te vi, perseguida por aquellos granujas —confesó.

—A mí me pasó algo parecido —respondió Dzalia.

—Entonces, no cabe duda; estamos hechos el uno para el otro. Pero ahora hemos de tener en cuenta una cosa.

—¿Qué es, Darryl?

—Tendremos que separarnos algunos momentos durante el día —manifestó él—. Yo tengo que hacer cosas y necesariamente he de dejarte sola. Pero no sin protección.

—No te entiendo...

—Es fácil de comprender. Llamaré a una compañía de protección y pediré que envíen dos hombres para que te vigilen constantemente.

—¡Pero, Darryl, ya no corro peligro alguno!

—No me fío. Además, me había olvidado de decírtelo. Yo tenía una buena amiga, un

poco frívola, y un buen día decidió cambiar de aspecto. Ya sabes, las modas.

—Sí —sonrió ella—. Continúa.

—Bien, era muy rubia y de piel blanquísima. Se tostó la piel y oscureció su pelo. ¿No te diste cuenta de que te confundí con ella en el Sybaris?

—Es cierto —recordó Dzalia—. ¿Cómo pudo ser eso, Darryl?

—Lo mismo les pasó a los hombres que la secuestraron, que son, precisamente, los que te atacaron.

Dzalia volvió la cabeza para mirarle, vivamente sorprendida.

—Oh, ¿es cierto eso que me dices?

—Rigurosamente cierto —confirmó él—. Por tal motivo, antes de que yo me marche de esta casa, habrá aquí dos hombres que te protegerán contra cualquier tentativa de secuestro, venga de quien venga. Y si tienes ganas de salir a alguna parte, te acompañarán constantemente. No es agradable, pero quiero estar seguro de que no te ocurre nada, ¿comprendido?

Ella le besó cariñosamente.

—Haré lo que tú digas, Darryl —contestó—. ¡Oh, ya es de día! —exclamó de pronto.

—El tiempo se nos ha pasado volando —reconoció él sonriendo.

*

*

*

—El doctor Wurtzburg ha venido conmigo, para mayor garantía del experimento —declaró Brabben—. No obstante, yo mismo podría manejar su psicograbadora, puesto que hice los estudios necesarios para ello.

Leo Saiduz, director del hospital psiquiátrico donde estaban internados los dos comandantes de astronave, hizo un gesto de asentimiento.

—He oído hablar de sus teorías, doctor Wurtzburg —
confesó—. A decir verdad, me
parecen muy interesantes.

—Gracias, colega. Mi antiguo alumno me habló de esos
dos casos y mi curiosidad se picó hasta límites increíbles.
¿Puedo ver a los pacientes?

—Si le parece, empezaremos primero por el capitán Moos
—indicó Saiduz.

—¿Por qué? —quiso saber Brabben—. Yo creí más
interesante empezar por Dan Harris. Saiduz hizo un gesto
de pesimismo.

—Empeora gradualmente —dijo—. Es algo que se produce
con gran lentitud, por
supuesto, pero, inexorablemente, llegará el día en que se
suma por completo en estado catatónico y acabe por fallecer.

Brabben se quedó helado.

—¿Es cierto eso, doctor?

—No hay la menor duda acerca de su desdichado futuro,
capitán —confirmó el doctor
Saiduz.

CAPITULO

VII

Harry Moos estaba sentado en un sillón, junto a la ventana, con la mirada perdida en el infinito. Los tres hombres entraron en la estancia, seguidos de un enfermero, que empujaba un carrito en el que iban los instrumentos del doctor Wurtzburg.

—Hola, Harry —saludó Brabben.

Moos volvió la cabeza y le miró inexpresivamente.

—¿Qué tal, Darryl? ¿Has venido a reírte de mí?

—No es eso...

—Ahora yo estoy en las mismas condiciones que Harris. Me pasó exactamente igual. Puedes burlarte lo que quieras, no te lo reprocharé.

—Repito que no he venido a burlarme de ti, Harry. Todo lo contrario, quiero ayudarte. Mira, éste es el doctor Wurtzburg, quien también está aquí con el mismo propósito.

—¿Qué tal, capitán Moos? —saludó el aludido.

—Hola, doctor. ¿Qué piensan hacer conmigo?

—Muy sencillo: explorar su mente...

—Ya lo han hecho los psiquiatras del hospital.

—Pero no por mi procedimiento, capitán.

—¿Qué tiene de distinto
de los que usan aquí?

Wurtzburg sonrió.

—Bien, no quisiera parecer petulante, pero yo lo calificaría de infalible en sus resultados —contestó.

—He sido sometido a varias formas de hipnosis. En estado hipnótico no he dicho nada que no haya declarado previamente con plena consciencia —respondió Moos agriamente.

—No lo dudo, capitán, pero, repito, esto confirmará o desechará sus declaraciones de un modo irrefutable.

—Supongamos que lo que dije es cierto. ¿Se me declarará inocente y, por tanto, libre? Wurtzburg se volvió hacia Brabben,.,

—En tal caso, yo hablaría con Havanagh —dijo el joven—.

Se solicitaría inmediatamente una revisión de tu proceso, lo que, de accederse a ello, implicaría tu libertad provisional.

—Está bien —accedió Moos finalmente—. Pero, insisto una vez más: ¡Nos atacaron aquellos jinetes salvajes!

—Y en la nave, ¿qué pasó? ¿Por qué murieron todos?

—Sólo te puedo decir una cosa: el médico que había quedado a bordo, no fue de los primeros en morir. Antes pudo examinar a dos o tres y su diagnóstico fue el mismo en todos los casos: colapso cardíaco.

—¿Provocado por...?

Moos se encogió de hombros.

—Lo ignoro. El corazón se les paró a todos menos a mí, eso es todo lo que sé —
respondió.

—Muy bien —dijo Wurtzburg—. Adelante, pues.

El propio Brabben colaboró en el manejo de los instrumentos. Instantes después,

Moos tenía puesto un gran casco en la cabeza, externamente de forma cúbica, del que partían varios cables de distintos colores, que iban a parar a una gran caja de control, cuya cara superior estaba llena de esferas indicadoras.

Frente al paciente se había situado una pantalla de proyección, de dos metros de lado.

Wurtzburg bajó unas gafas de gruesos vidrios, completamente negros, colocados en el casco, y cubrió los ojos de Moos.

—Ahora, capitán —dijo—, relájese por completo. Deseche sus nervios, piense solamente que las preguntas que le voy a hacer pueden ser la base de su curación... y por tanto, de su inocencia.

—Sí, doctor.

—Muy bien. Empezaremos inmediatamente. Lo que usted piense, se reflejará con absoluta exactitud en la pantalla.

—Y será la verdad de lo que ocurrió allí —dijo Brabben.

—La verdad de lo que vio él —puntualizó Wurtzburg—. Pero en tal caso, significará que alguien le hizo ver imágenes perjudiciales, con lo que su inocencia quedará demostrada.

—Entiendo, doctor.

—Bien, capitán Moos. ¿Puede usted recordar lo que pasó, a partir del momento en que avistaron aquel planeta? —preguntó Wurtzburg, ya situado junto a la caja de control de la psicograbadora.

—Sí, doctor. Cuando avistamos aquel planeta...

*

*

*

—No hay duda —dijo Wurtzburg dos horas más tarde. Dan Harris había sido igualmente examinado y sus respuestas eran idénticas a las de Moos—. Fueron atacados por unos seres extraños, vestidos como los *cow-boys* de finales del siglo XIX. Ellos los vieron así, lo cual no significa que sus atacantes fuesen *cow-boys* ni empleasen

«Winchester»

y

«Colt».

—Usaron otra clase de armas —dijo Brabben.

—Desconocemos cuáles pudieron ser, salvo sus efectos.

—Que fueron mortales. Todos perecieron.

—Sí, pero hay algo que me extraña sobremanera.

—¿Qué es, doctor? —preguntó Brabben.

—En las dos expediciones hubo un superviviente por cada una de ellas. Casi hubiera parecido más lógico exterminar totalmente a ambas tripulaciones, ¿no le parece?

—Quizá los atacantes querían que alguien trajese la noticia a la Tierra, doctor.

—¿Con qué objeto? —preguntó Wurtzburg.

—Es bien sencillo: disuadirnos de explorar aquel mortífero planeta. Wurtzburg hizo un gesto de duda.

—En tal caso, fue una decisión errónea —contestó—, porque ahora, más que nunca, se siente un mayor interés por conocer el enigma de aquel extraño mundo.

—Eso sí es verdad, doctor. Bien, si no tiene inconveniente, iré a ver al doctor Havanagh y le comunicaré el resultado de las experiencias. Con esto, podremos pedir la revisión

de los dos procesos.

—Me parece muy bien, capitán. Y si necesita algo de mí, pídalo sin vacilar; usted fue uno de mis más aventajados alumnos.

—Cuando hice el curso, pensaba en evitar posibles dificultades durante alguno de mis viajes espaciales —respondió Brabben sonriendo—. Pero ahora ya no estoy seguro de que vaya a continuar en el oficio.

—¿Por qué no? —se extrañó Wurtzburg—. Tiene usted un prestigio reconocido por todos...

—A veces, uno siente deseos de anclar para siempre en tierra firme, doctor —

contestó el

joven

enigmáticamente.

Pensaba en Dzalia... y no quería que un día pudiera sucederle a la joven lo mismo que le había sucedido a Greta Holmson.

«A mí no me olvidará porque yo esté largas temporadas ausente de la Tierra», se dijo.

*

*

*

—Así, pues, el experimento dio resultado —dijo Dzalia.

—Total y absolutamente positivo —contestó Brabben.

Ella se quedó muy pensativa.

—¿Y eso es lo que quieres hacer conmigo?

—Me gustaría. Llegaríamos al fondo de tus recuerdos, los proyectaríamos en la pantalla y conoceríamos todo tu pasado. Dzalia no estaba muy convencida.

—¿Y si ahora resultase que no me interesa tanto? —preguntó.

—¿Por qué? —se extrañó Brabben.

Dzalia apoyó la cabeza lánguidamente en el hombro masculino.

—Te he conocido a ti —respondió.

—Ah.

Brabben vaciló también.

¿Resultaría conveniente llegar al pasado olvidado de Dzalia? ¿No sufrirían mayores perjuicios que los posibles beneficios que pensaban obtener?

De

pronto,

llamaron

a la

puerta.

Dzalia se

enderezó.

—¿Quién puede ser? —dijo, alarmada.

—¿Esperas alguna visita? —inquirió Brabben.

—No, en absoluto.

—Entonces, déjame, yo iré.

Los guardaespaldas aparecieron en la puerta de la sala que daba a la cocina. Brabben les hizo un gesto con la mano.

Se puso en pie y abrió la puerta. Un gesto de sorpresa se dibujó en su cara al reconocer a su visitante.

—Caramba, usted por aquí —dijo.

—¿Molesto? —preguntó el teniente Keene.

—Hombre... —Brabben se echó a un lado—. Pero, ¿cómo supo que yo estaba en casa de la señorita de Bruyter?

Keene sonrió con malicia.

—Me lo dijo el *maître* del Sybaris. Ustedes le pidieron la cena hoy, así que no ha sido difícil llegar a una conclusión —respondió.

—Desde luego.

¿Conoce a Dzalía de Bruyter? El policía saludó cortésmente.

—¿Cómo está, señorita?

—Es el teniente Keene —dijo Brabben.

—Encantada, teniente —saludó Dzalía.

Los guardaespaldas se habían retirado discretamente.

—¿Y bien, Keene? —preguntó el joven.

—He venido a pedirle un favor, capitán.

—¿A mí? —se extrañó Brabben.

—Sí. Antes de nada, le diré que puede darse por confirmado el secuestro de la señora

Holmson.

—

Ya

lo

decía

yo...

Keene

suspiró.

—Sí, la razón estaba de su parte, capitán —confirmó—.

Pero, precisamente por eso mismo necesito que me ayude.

—No hay inconveniente —aceptó Brabben—. ¿Qué he de hacer?

—Los capitanes Harris y Moos están libres. La prueba de la psicograbadora ha sido decisiva. Ese Wurtzburg es un tío con toda la barba —exclamó el policía pintorescamente—. ¡Mira

que traducir en imágenes visibles los pensamientos humanos!

—Sí, es un cacharrito muy interesante —sonrió el joven—. Pero no sé qué tiene que ver la psicograbadora con todo este asunto.

—Es muy sencillo, capitán. Usted dijo que reconocería de inmediato a los secuestradores de la señora Holmson.

—Que son los mismos que intentaron... ¡Eh, oiga! —dijo Brabben de pronto—. Teniente, no estará usted insinuándome que yo me someta a la acción de la psi- cograbadora.

Keene sonreía plácidamente.

—¡Qué listo es usted! —dijo—. Me ha adivinado el pensamiento y todo.

—Pero no veo qué interés pueda tener...

—Se lo explicaré, capitán. Usted puede reconocer a los secuestradores, pero la descripción que da de ellos es muy vaga, por su aspecto común y corriente.

—Sí, claro.

—Y las imágenes que la psicograbadora proyecte en la pantalla, procedentes de su cerebro, pueden ser reproducidas luego cuantas veces se desee.

—Esa es la ventaja del aparato, Keene.

—Muy bien —contestó el policía—. Puesto que no tenemos ninguna fotografía de los secuestradores, usted nos las va a proporcionar, a fin de facilitar nuestra labor de identificarlos, localizarlos y proceder a su arresto.

CAPITULO VIII

—¿No me invitas a otra copa,
Dick? —preguntó la rubia. Dick
Chaffery arrojó una moneda
sobre el mostrador.

—Tómate una botella —contestó.

El *barman* emitió una sonora protesta.

—Eh, viejo borracho, saque más dinero si quiere invitar a
una botella a la chica. Con eso no tiene ni para media copa.
Chaffery se indignó.

—Ni soy viejo, ni estoy borracho —dijo—. Claro que no soy
un chico y que estoy a medios pelos, pero la diferencia...

—Más dinero —pidió el *barman*, inflexible.

—No tengo, Joe.

El *barman* miró a la rubia.

—Lo siento —se disculpó—. Búscate otro con más «pasta»,
Polly.

—A veces, una también comete sus errores —rió la mujer
estridentemente.

—Espera, hombre —gruñó

Chaffery—. No me vayas

a tomar por un pobretón. De momento, no tengo dinero a
mano, pero llevo encima algo que vale bastante.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una piedra de color rojo,
que lanzó sobre el mostrador.

—Ahí tienes —dijo—. Si ese rubí no vale seis mil créditos,
no vale ninguno.

—Suponiendo que no sea un pedazo de vidrio
coloreado —contestó Joe insultantemente.

—Es un rubí auténtico, aunque sin tallar —aseguró Chaffery

—. Por ser para ti, te lo
dejo en dos mil.

Y una botella
para Polly. Joe
dudó un

momento.

Chaffery era un veterano astronauta, que había estado en los parajes más remotos e inimaginables. ¿Y si se trataba de un rubí auténtico?

—¡Eh, tú, Billy, ven un momento! —llamó.

Un hombre se levantó de la mesa en que estaba bebiendo con unos amigos.

—¿Qué te ocurre, Joe? —preguntó.

—Mira este pedrusco, Billy. Tú entiendes de piedras preciosas, Chaffery asegura que es un rubí legítimo. ¿Qué opinas?

Billy Mac Baigh tomó la piedra con dos dedos, guiñó un ojo y la examinó críticamente durante unos momentos, en medio de una gran expectación.

Luego, con gran parsimonia, dejó el rubí sobre el mostrador, metió la mano en el bolsillo, sacó un fajo de billetes y separó unos cuantos.

—Cinco mil —anunció.

—Acepto —dijo

Chaffery

ávidamente.

Joe intentó

protestar.

—Eh, que me lo vendías a mí...

—¿Ibas a pagar más de dos mil? —se rió Chaffery desconsideradamente—. Gracias, Billy Mac Baigh.

—Las gracias debo dártelas yo —contestó el aludido—. Y ya sabes, cuando tengas más pedruscos de la misma clase, avísame.

—Lo tendré en cuenta, Billy. Adiós a todos —se despidió Chaffery.

—Eh, tú, tú, ¿pero no ibas a pagarme una botella? —le recordó la rubia. Chaffery hizo una mueca.

—Que te la pague Joe —contestó abruptamente—. No me gusta que las mujeres confíen en mí sólo cuando tengo dinero fresco.

Y se encaminó hacia la puerta, silbando alegremente.

Por el momento, había resuelto su problema económico.

Pero sus fondos se agotaban.

—No me gusta, pero voy a tener que hacer otro viajecito al manantial para dar trabajo nuevamente al Banco —se dijo.

*

*

*

Llamaron a la puerta.

—No se mueva, señorita —dijo uno de los guardaespaldas—. Yo abriré.

Dzalia permaneció sentada junto al piano. Estaba revisando la partitura de una de sus últimas composiciones.

«Debe de ser Darryl», pensó.

El vigilante abrió la puerta. Delante de él, un hombre disparó una pistola radiante.

Se oyó un grito de agonía. El otro guardaespaldas apareció en el extremo de la sala, armado con una pistola de idéntica clase.

Pero fue demasiado lento para el atacante y cayó fulminado por la descarga.

En el centro de su pecho, se veía una mancha negra, circular, de la que se desprendía una leve columnita de

humo.

Dzalia giró en el taburete y se enfrentó con los dos individuos que avanzaban hacia ella.

—Por fin te hemos encontrado —dijo uno.

—Sí —contestó la joven con voz inexpresiva.

—Nos ha costado mucho ^-añadió el otro.

—Pero mereció la pena.

—Hemos cumplido nuestra misión en parte.

—Ahora sólo falta rematarla.

—«El»

te

necesita,

Dzalia.

La

joven

se

puso

en

pie.

—Iré adonde «él» me espera —respondió.

Sin ser objeto de violencia, sin la menor indicación por parte de los dos individuos, Dzalia avanzó con paso firme hacia la puerta.

*

*

*

Brabben se levantó las gafas negras y luego se quitó el casco.

—¿Satisfecho, teniente?

—Aún tengo la boca abierta —confesó Keene, con los ojos fijos en la pantalla.

—¿Los conoce usted?

—No, nunca los he visto, Darryl.

—En ese caso, la identificación va a resultar difícil —auguró el joven.

—Bueno, el procedimiento Wurtzburg es algo novísimo —admitió Keene—. Ahora bien, nosotros tenemos también métodos muy buenos para dar con una persona, partiendo de su fotografía, en este caso, su imagen psicoproyectada.

—Es lo mismo —sonrió Brabben—. ¿Cuáles son esos procedimientos, Sam? Los dos hombres ya tenían cierta confianza entre sí.

—En primer lugar, como puede apreciar, Darryl, los rostros de los secuestradores están amplificados a cuatro veces su tamaño natural —dijo el policía—. Tomaremos copias de sus caras por el procedimiento antropotopográfico, es decir, cuadrícula de las facciones. Cada cuadro tiene una cifra asignada, según las características faciales del individuo. El conjunto de cifras compone una clave, que se perfora luego en una tarjeta.

—Y la tarjeta va a la computadora.

—Exactamente.

—Pero, ¿y si no existe fotografía alguna del individuo?

—Puede ocurrir, pero es difícil. Cada centro tiene su archivo: gobierno, ministerios, dependencias oficiales, grandes empresas... Además, están los centros donde se expiden los documentos de identidad.

—En resumen, que los secuestradores no tienen escape.

—Eso espero yo —sonrió Keene—. Creo que dentro de veinticuatro horas podré conocer sus nombres.

—No está mal. Sam, me descubro ante usted.

Keene echó a reír.

—El sombrero debe ser mutuo —contestó—. Ese artefacto es maravilloso.

—En otros tiempos hubieran dicho que era obra del diablo, Sam.

—¡Hum! El diablo es menos complicado que los humanos —manifestó Keene sentenciosamente—. Pero dudo mucho que la psicograbadora pueda utilizarse algún día en los procedimientos judiciales.

—¿Por qué? Todo consiste en obtener el consentimiento del acusado o de los testigos.

—Sí, pero eso es cuenta ya de quienes elaboran las leyes, Darryl. Nosotros nos limitamos simplemente a hacerlas cumplir.

—Eso es verdad. Bueno, algún día se resolverá el problema. ¿Me ayuda a recoger la máquina, Sam?

—Con mucho gusto, Darryl.

*
*
*

Dzalia salió de la casa, flanqueada por los dos individuos, atravesó el jardín y llegó a la

acera.

Un hombre pasaba en aquel momento, silbando una vieja cancioncilla. El individuo miró distraídamente a Dzalia y siguió andando.

A los dos pasos se detuvo en seco. Luego giró en redondo.

—¡Eh, Dzalia! —gritó.

La muchacha no le miró siquiera. Dick Chaffery corrió hacia ella.

—Pequeña Salvaje, ¿es que no me reconoces? —exclamó ansiosamente.

—Apártese, amigo —dijo uno de los acompañantes de la muchacha.

—Eh, poco a poco —protestó Chaffery—. Yo conozco a esta chica y quiero hablar con ella. ¿Son ustedes policías?

—Somos...

—No discutas, Harv —dijo su compañero—. Vamos, Dzalia.

Chaffery frunció el ceño.

—Dzalia, estás igual que cuando te conocí —dijo— ¿Adónde te llevan estos rufianes?

La joven no contestó. Estaba rígida, inmóvil, con la vista perdida en el infinito. Sólo se advertía en ella el rítmico movimiento de su pecho, reflejando la respiración.

—Vamos, lárguese —dijo el tipo llamado Harv.

Chaffery era un sujeto alto y membrudo. Tenía muchos defectos, pero no era torpe.

—Si no son policías, se la llevan ilegalmente —dedujo.

El compañero de Harv retrocedió un paso y sacó una pistola.

Chaffery, veloz como una centella, estiró la mano, agarró la del sujeto y pegó un violentísimo tirón.

Se oyó un agudo grito. Un cuerpo humano voló por los aires y aterrizó media docena de metros más lejos.

Chaffery giró en redondo. Su puño se disparó con indescriptible violencia. Los huesos de una nariz crujieron. Harv se desplomó fulminado.

—Estás libre, Pequeña Salvaje —dijo Chaffery satisfecho.

Entonces, Dzalia lanzó un suspiro, cerró los ojos y cayó

hacia adelante. Chaffery alargó los brazos y pudo recogerla a tiempo.

—Pobre chica —murmuró—. Lo que han debido hacerla padecer estos miserables. Avanzó con ella en brazos hacia la casa. Al llegar a la puerta, se encontró con un espectáculo que ponía los pelos de punta.

CAPITULO

IX

Se oyó una sirena policial. Dos coches, llenos de agentes, se detuvieron frente a la casa. Brabben y Keene se apearon del primero y corrieron hacia la puerta. Chaffery salió a su encuentro.

—Hola, Darryl —saludó.

—Dick —exclamó Brabben—. ¿Qué diablos haces tú aquí? Por encima de los hombros de Chaffery, vio a Dzalia tendida en el diván y sufrió una fuerte impresión

—No temas, Darryl —le tranquilizó Chaffery—.

Sólo está desmayada. Keene y sus hombres examinaban ya los cadáveres de los guardaespaldas.

—Sargento, llame al forense —ordenó Keene.

—Sí, señor.

Keene se unió a los dos astronautas.

—Cuénteme lo ocurrido —pidió a Chaffery.

—Es el teniente Keene —presentó Brabben—. Está encargado del caso. Dick Chaffery es capitán independiente.

—Buscador de tesoros —sonrió el aludido.

«Un vagabundo del espacio», calificó Keene mentalmente.

Había muchos como

Chaffery, libres, desligados

de todo lazo con las grandes empresas astronáuticas. Eran hombres que amaban su libertad por encima de todo y, ganasen o perdiesen en sus viajes, seguían aferrados a sus ideas de independencia.

—Muy bien, capitán Chaffery —dijo el policía—.

¿Qué pasó, exactamente? Chaffery hizo un sucinto relato de lo ocurrido.

—¿Qué fue de los secuestradores?

—preguntó Keene después.

—Salí y les quité las pistolas. Pensé que estarían dormidos más tiempo y me volví adentro para atender a la chica. Por lo visto, no les pegué muy fuerte. La siento.

—Ya los encontraremos —aseguró Keene—. Lo único lamentable es la muerte de dos inocentes.

—Ahora ya hay más que secuestros —dijo Brabben—. Ya se han cometido dos asesinatos.

Keene

puso

cara

seria.

—Lo cual indica el interés que tiene alguien en apoderarse de Dzalia —dijo. Brabben se volvió hacia su amigo.

—Dick, ¿dónde conociste tú a Dzalia? —preguntó.

Chaffery bajó la vista para contemplarse las puntas de los pies.

—No me gustaría tener que decirlo —contestó.

—Es su obligación, capitán —indicó

Keene.

—Bueno, no tiene ningún nombre... Yo aterricé allí y me la encontré vagando por los campos. Parecía perdida y no recordaba nada de lo que le había sucedido, así que pensé en traerla conmigo en el viaje de vuelta. Por supuesto, yo soy un caballero; sé distinguir a las mujeres y Dzalia no es una cualq...

—Sí, sí —dijo Brabben, impaciente—, ya me figuro que tú te portaste con la mayor corrección con ella. No es que no te gusten las mujeres, pero hay otra cosa que te gusta tanto o más. ¿Me equivoco, Dick?

Chaffery emitió una sonrisa llena de malicia.

—Estás en lo cierto, muchacho —contestó—. Bueno, como digo, la encontré allí, y le

hablé de venir conmigo a la Tierra, pero en cuanto me descuidé, desapareció de mi vista y... ¡hasta hoy!

El médico forense llegó en aquel momento y empezó a reconocer los cadáveres. Brabben hizo una pregunta a Chaffery:

—Pero, bueno, ¿es que no grabas tú en tu computadora orbital los datos de tu viaje?

—Claro que sí, aunque sabría ir allí con los ojos cerrados. Y voy en más de una ocasión. Yo le llamo mi Banco particular, aunque no es dinero precisamente lo que saco de aquel planeta...

—El nombre, Dick, el nombre —pidió Brabben, al borde de la exasperación.

—¡Pero si ya te he dicho que no tiene ninguno!

—¿Es que no recuerdas siquiera sus cifras identificativas? —bramó el joven.

—Hombre, eso sí, en las cartas estelares está señalado como N. S. - 15 - 004.

*

*

*

—Es increíble —dijo Brabben—. Dos expediciones, suficientemente equipadas y pertrechadas, compuestas por más de cien personas cada una, van a ese planeta... y mueren todos menos dos. En cambio, este pillo va y viene de N. S. cada vez que le da la gana..., ¡y nunca le sucede nada!

—Ah, yo no sé por qué será —dijo Chaffery—, pero lo cierto es que ya he estado allí media docena de veces y nunca me ha ocurrido nada de particular. Bueno, encontré un arroyo que... Oye, Darryl, ¿puedo tomar un trago? Tengo la boca seca...

—Bebe lo que quieras —gruñó

Brabben.

—

Gracias,
muchacho.

Keene estaba no menos
asombrado que el joven.

—Pero, ¿cómo ese individuo puede entrar y salir de aquel
planeta sin morir? —
exclamó.

—Sam, le aseguro que no lo entiendo. Una cosa
es cierta: Chaffery no miente.

—Oiga, antes dijo
que tenía cierto
defectillo... Brabben
movió la cabeza.

—Mírelo
usted mismo,
Sam —indicó.
Chaffery estaba sirviéndose
una generosa dosis de licor.

—Comprendo. Le
gusta beber —dijo
Keene.

—No se emborracha hasta perder el sentido, pero
raramente lo encontrará usted completamente sereno.

—Vamos, que es de los tipos que cuando no tienen el vaso
lleno es porque acaban de
vaciarlo y
van a
llenarlo de
nuevo.

—Más o menos. Y si quiere que le diga una cosa, a mí
también me gustaría saber por qué Chaffery puede entrar y
salir libremente de N. S.

—Tal vez eso nos explicaría la presencia
de Dzalia en aquel planeta... El forense se
acercó en aquel momento.

—Muerte por electrocución —diagnosticó—. Enviaré mi informe más adelante, cuando haya terminado todo.

—Gracias, doctor. ¡Sargento Trudeau! —llamó Keene.

—

¿Señor?

—

contestó
el
aludido.

—Ya pueden llevarse los cadáveres. Yo me quedo aquí todavía un rato.

—

Sí,
señor.

En aquel momento, Dzalia se agitó un poco y lanzó un hondo suspiro.

—Ya vuelve en sí —dijo
Brabben, muy aliviado.

*
*
*

Una taza de café con unas gotas de coñac acabó de reanimar a la muchacha. Los tres hombres, Brabben sentado a su lado, la contemplaban ansiosamente.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Brabben.

—Sí. No sé lo que me pasó... Me desmayé, creo...

—Se me cayó redonda en los brazos —dijo Chaffery.

—¿Ya habías puesto fuera de combate a sus secuestradores, Dick? —preguntó el joven.

—Sí. Ella estaba rígida, como una estatua. De pronto, perdió el sentido y...

—Le pasó lo mismo conmigo —dijo Brabben—. El desmayo no fue sino una reacción defensiva de su subconsciente.

—¿Reacción?

¿Por qué? —
inquirió Keene.

—Había pasado un trance muy amargo, un gran susto. El *shock* era inevitable. Por unos momentos, ella quería olvidar lo ocurrido.

—Ah, comprendo. ¿Le dijeron algo sus secuestradores, señorita? —quiso saber Keene.

—No recuerdo. Los vi en la puerta... y todo se borró de mi mente en el acto. Keene se volvió hacia Brabben.

—Temo que va a tener que emplear con ella la psicograbadora —dijo—. No le queda otro remedio, si quiere

saber exactamente lo que sucedió aquí a partir del asesinato de los guardaespaldas.

—Usted lo quiere saber también, Sam.

—

Figúrese, Darryl.

—Muy bien, pero ella no está ahora en condiciones.

Necesita, por lo menos, veinticuatro horas de descanso.

—Lo encuentro razonable —admitió el policía. Se puso en pie—. ¿Se cuidará usted de ella?

—

Por supuesto, Sam.

—Darryl, si necesitas ayuda... —se ofreció Chaffery—. Ya sé que soy un borrachín, pero tengo buenos puños.

Brabben sonrió.

—No estaría de más que te quedases aquí, Dick —accedió

—. A menos que tengas otro compromiso, claro.

—Esta noche no tengo ninguno —respondió el vagabundo del espacio. Keene se marchó.

Brabben se volvió hacia la muchacha.

—Creo que deberías intentar descansar. ¿Necesitas algún sedante? —consultó.

—No. Me parece que podré dormir sin ayuda de narcóticos.

—Mejor, en ese caso, nosotros estaremos velando toda la noche. Dejaré abierta la puerta del dormitorio, para que puedas ver la luz.

Dzalia le dirigió una cálida sonrisa.

—Gracias, Darryl. Y a usted

también, capitán Chaffery.

—Ha sido un
placer —aseguró
el aludido. Los
dos hombres
quedaron solos.

—Creo que yo también necesito
una copa —dijo Brabben. Chaffery
llenó dos y le entregó una.

—Me alegro de haber llegado
a tiempo, Darryl —dijo.

—Fue una afortunada coincidencia —sonrió el joven—.
Algún día nos explicarás cómo

puedes entrar y salir libremente, de N. S., pero, mientras tanto, dime, ¿qué hay allí que tú lo consideras como tu Banco particular?

Chaffery sonrió maliciosamente, mientras miraba el fondo de su copa.

—Muchacho, ¿me prometes no revelar a nadie el secreto? —preguntó. Brabben alzó la mano derecha.

—Cuenta con mi discreción —respondió.

—Está bien. Conozco un sitio donde abundan los rubíes como guijarros en el lecho de un arroyo.

Brabben se quedó estupefacto.

—En realidad —añadió Chaffery, mientras llenaba de nuevo su copa—, los guijarros del arroyo son rubíes.

Gozándose del asombro de su amigo, Chaffery caminó hacia un diván, en el que se repantigó voluptuosamente.

—Pero si quieres que te diga la verdad, no me agrada ir mucho a N. S. —dijo. Bebió un poco y siguió—: Aquel planeta no me gusta nada, salvo por los rubíes. Algunos son como el puño, aunque yo, para no levantar la liebre, los parto a martillazos y los hago pedazos más pequeños.

Bebió de nuevo y dejó la copa en una mesita contigua.

—No, señor, no me gusta ir mucho a N. S. —Bostezó aparatosamente—. Cada vez que piso aquel planeta, me parece que soy observado por cientos de ojos que me miran de todas partes... de los árboles, del suelo, desde las piedras... Hay veces que me digo si aquello no será una cosa viva...

Chaffery dejó de hablar repentinamente. El murmullo de sus palabras se convirtió en un rítmico ronquido.

Sumamente preocupado por lo que acababa de escuchar, Brabben apuró el licor de su copa a pequeños sorbitos.

No se podía dudar de las palabras de Chaffery. *In vino veritas*, recitó mentalmente el viejo aforismo latino. El alcohol le hacía ser sincero, además de parlanchín, pero,

por otra parte, estaba la amistad que existía de antiguo entre los dos hombres.

Un planeta en donde todos morían, pero en el cual Chaffery entraba y salía como en su propia casa. ¿Por qué la diferencia?

—Y no es una diferencia pequeña, sino que se trata de la vida o de la muerte —se dijo, tremendamente desconcertado.

Al cabo de un rato, se asomó a la puerta del dormitorio de Dzalía. La joven dormía sosegadamente.

Era una radiante visión de belleza, con el abundante, cabello extendido como un abanico de ébano sobre la blancura de la almohada y un mórbido brazo dorado asomando desnudo fuera del embozo de las sábanas.

Brabben se prometió en aquel momento que no descansaría hasta desvelar el enigma que era la vida anterior de Dzalía, y no sólo por él, sino por ella. Por el futuro de ambos.

CAPITULO

X

Un extraño sonido despertó a Brabben. Asombrado, se dio cuenta de que estaba tendido en el diván.

Consultó el reloj. La hora era muy avanzada, casi mediodía. Entonces recordó que había velado toda la noche.

Chaffery empezó a vigilar con el alba. El sonido se repitió. Brabben se quedó atónito.

Era Dzalia y reía alegremente, con espontaneidad, sin sombra de complejos. Una voz más grave y profunda la acompañaba en sus risas.

Estiró los brazos y se puso en pie. Sin duda, Chaffery le contaba alguno de los infinitos chistes que conocía. Las carcajadas de la joven indicaban un relajamiento en la presión de su mente.

Se asomó a la puerta de la cocina. Los dos estaban sentados a ambos lados de la mesa.

—¿Puedo conocer el motivo de ese jolgorio? —preguntó.

—Oh, Darryl —dijo ella—.

Siento haberte despertado...

—Dormías tan a gusto, que no quisimos despertarte para el desayuno —manifestó

Chaffery—. ¿Quieres una taza de café?

—Me sentará bien, en efecto, pero antes voy a ir al baño... El timbre del videófono sonó de pronto.

—Yo atenderé la llamada —dijo Brabben.

Giró sobre sus talones y se encaminó a la sala. Conectó el aparato y la imagen del teniente Keene apareció en la pantalla.

—Hola, Darryl —saludó el

policía—. ¿Todo bien por ahí?

—Sí, desde luego. Hemos pasado una noche tranquila.

—Tengo noticias para usted. Los secuestradores han sido ya identificados.

—Magnífico. Eso facilitará su labor de búsqueda, ¿no cree, Sam? Keene hizo una mueca.

—

Depende

—

contestó.

—Depende, ¿de qué? —se extrañó

Brabben.

—Bueno, se pueden pensar muchas cosas... incluso que hemos contemplado las imágenes de dos fantasmas.

—Vamos, Sam, déjese de bromas —rezongó el joven—. ¿Por qué no lo suelta de una vez?

—Es que... Verá, ni yo mismo me lo creo. Los secuestradores son Harvester Mac Kenzie y Filippo da Rosa.

—Esos

nombres no me suenan, Sam.

—Al capitán Harris sí, Darryl. Ha estado aquí y los ha identificado concluyentemente. Mac Kenzie y Da Rosa pertenecían a la tripulación de la *Meteor* y, oficialmente, se les considera muertos.

—¡Rayos! —juró Brabben, sin percatarse de que no estaba solo.

—Ahora ya sabe lo que hay, Darryl. A mí sólo me resta buscarlos, aunque no sé cómo voy a dar con dos fantasmas, porque son ellos, no cabe duda.

—Entonces, sobrevivieron

y

regresaron a la Tierra.

—¿Cómo? —exclamó Keene—. Las dos únicas naves que han estado en aquel planeta son la *Meteor* y la *Inquirer* y de ellas, hecho absolutamente irrefutable, sólo desembarcaron sus capitanes. Los cuerpos que se encontraron a bordo eran de tripulantes muertos y, además, ninguno de ellos era Mac Kenzie o Da Rosa.

Keene cortó la comunicación.

—Extraño, muy extraño —comentó Chaffery detrás de Brabben. El joven se volvió.

—Dick, ¿cuándo estuviste en N. S. por última vez? —preguntó.

—Bueno, hará unos seis meses... ¡Pero no traje ningún polizón a bordo! —exclamó Chaffery, adivinando los pensamientos de su amigo—. Yo puedo hacer trampas con la aduana y pasar de matute una bolsita llena de rubíes; sin embargo, no soy tan tonto como para hacer otras cosas. Me privarían de mi licencia de comandante de astronave y eso no me conviene en absoluto.

—Sí, tienes razón —convino Brabben. Chaffery era un trapacero, aunque conocía muy bien los límites que no debía traspasar.

Miró fijamente a Dzalia. Ella le devolvió la mirada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Perfectamente —respondió la muchacha.

—¿Tienes inconveniente en someterte a la psicograbadora?

—Ninguno —aceptó ella sin vacilar.

*

*

*

Dzalia estaba sentada en un cómodo butacón, con el casco colocado sobre la cabeza y las gafas ocultando sus ojos. El doctor Wurtzburg manipulaba en la máquina.

Además de Brabben, estaban presentes también el doctor Havanagh, en su calidad de presidente de la Liga de Comandantes de Astronave, el teniente Keene y Dick Chaffery.

—Relájese, señorita —aconsejó el doctor Wurtzburg—. Deje su mente en blanco. Haga como si fuera a dormirse.

—Sí, doctor.

—Olvídese de todo, de todos nosotros... No se concentre

en nada. Procure vaciar su mente de todo pensamiento, de cualquier clase... o mejor, piense en una gran pared blanca y lisa, sin ninguna inscripción.

—Estoy viendo una pared muy grande, blanca y lisa... — recitó la muchacha con voz átona.

Todos los presentes observaban un silencio absoluto. De pronto, aparecieron en la pantalla unas imágenes.

Eran los restos de una astronave, de la que aún se desprendían unas volutas de humo. Una muchacha salió tambaleándose por una de las escotillas.

Brabben reconoció a Dzalía inmediatamente, aunque con siete u ocho años menos.

Entonces, calculó, ella no tenía siquiera dieciocho años.

Las imágenes se sucedieron rápidamente. Los espectadores pudieron apreciar el terror que Dzalía sentía al encontrarse sola en un planeta desconocido.

Luego la vieron cazando y pescando. Lo hacía muy bien. El alimento no le faltaba jamás. En cierta ocasión, vieron cómo la rama de un árbol se inclinaba por sí sola, para que Dzalía no tuviera que molestarse en estirar los brazos y recoger los tentadores frutos que pendían de la rama.

Una vez, vieron un montón de ramas secas, como para una hoguera. El fuego se encendió por sí solo.

Pero se veía claramente que Dzalía no era feliz. Estaba triste y melancólica. A veces aparecía en posturas lánguidas, que hacían pensar se pasaba horas y horas inmóvil, como si se abandonase por completo a una existencia sin objetivo alguno.

Las imágenes presentaron a Dzalia en cierta ocasión volviendo a la nave destrozada. Dzalia empezó a recorrer su interior. De pronto, vio algo que atrajo su interés, pero abandonó la nave a los pocos momentos. A Brabben le dio la sensación de que ella no lo hacía de buen grado.

Más adelante, Dzalia encontró una gran parra silvestre y comió un gran racimo de uvas.

Luego exprimió un par de racimos más sobre un cuenco hecho de la cáscara de un gran fruto seco, añadió algo de agua y bebió de aquel refresco.

La expresión de la joven cambió. Ahora era alegre, optimista.

—Eso me recuerda a Noé, cuando se bebió su primer trago de vino —dijo Chaffery.

—Silencio —gruñó Wurtzburg.

Dzalia corrió hacia la astronave y se metió en su interior. Buscó uno de los cohetes auxiliares de emergencia, se metió dentro, cerró la compuerta y empujó la palanca de disparo.

El cohete salió proyectado a las alturas. Más tarde, vieron que lo recogía una astronave en el espacio, a gran distancia de N. S.-15-004.

—Y así es como ella escapó de aquel maldito planeta —dijo Chaffery, mientras

Wurtzburg empezaba a
desconectar su
máquina.

*

*

*

—He identificado la nave destruida —declaró Havanagh—. Ahora sabemos lo que fue de la *Stralia*, al mando del capitán Bomargh.

—Creo que se la dio por desaparecida y que nadie supo jamás qué había sido de sus tripulantes —dijo Brabben.

Una enfermera entró, trayendo café para los presentes. En

primer lugar, sirvió a Dzalia, que no se había recobrado aún por completo del trance hipnótico.

—Sí —confirmó Havanagh—. La mandaba el capitán Bomargh y, como nuestro amigo Chaffery, era un astronauta independiente. En aquel viaje le acompañaban su esposa y su hija Deirdre.

Brabben volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Ella? —murmuró.

—Sí —confirmó Havanagh—. No puede ser otra, muchacho.

—Deirdre Bomargh —recitó el joven—. Y consiguió escapar de N. S. ¿Por qué?

—A mí no me cuesta nada hacerlo —dijo Chaffery—. Ni he visto jinetes del Oeste disparando sus pistolas ni cosa que se le parezca. Si hay fantasmas en N. S., seguro que se asustan al verme.

—Lo que no me explico es cómo el comandante de la nave que recogió a Deirdre no dio cuenta del suceso —exclamó Brabben.

—Darryl, eso pasó hace tres o cuatro años, es decir, el regreso de esa nave. A ninguno de nosotros se nos ocurrió mirar en los archivos para ver si encontrábamos el nombre de Deirdre Bomargh. Pero estoy seguro de que el comandante de esa nave cumplió con todos los requisitos legales.

—Sí, claro...

Brabben se acercó a la muchacha.

—¿Te encuentras bien? —

preguntó.

Ella le miró sonriendo.

—Perfectamente —contestó—. Creo que habéis visto cosas muy interesantes.

—Sí, conocemos tu pasado, al menos, desde que llegaste a N. S. con la nave de tus

padres. También sabemos tu verdadero nombre.

—Soy Deirdre Bomargh —dijo ella.

—Cierto, pero, ¿cómo se te ocurrió emplear el nombre de Dzalía? La joven se pasó una mano por la frente.

—Todavía hay lagunas en mi mente —contestó—. He estado prisionera de otra mente mucho más poderosa. Sé que me hacía llamar Dzalía, pero no me preguntes las causas..

—Algún día lo sabremos —afirmó él.

—Sobre todo, si se realiza un viaje a N. S.

Brabben se volvió hacia Havanagh, que era quien acababa de hablar.

—Doctor, después de lo que ha sucedido allí, ¿aconseja usted ese viaje?

—Más que nunca, muchacho. No olvides que él o los seres que habitan ese planeta fueron los causantes de la muerte de casi trescientas personas.

—Y pueden matar a muchas más...

—Deirdre y Chaffery han sobrevivido.

—Sin olvidar a Dan Harris y a Moos —añadió el vagabundo del espacio.

—Esos dos vivieron como una especie de advertencia para los demás osados que quisieran arriesgarse a viajar hasta allí —dijo Brabben.

—¿Y vamos a resignarnos a dejar el enigma sin resolver? —exclamó Havanagh.

—Hombre, si quieren, yo puedo darme una vueltecita por allí —se ofreció Chaffery—. Precisamente ando algo escaso de fondos...

—Y necesitas sanear tu economía, ¿verdad? —dijo Brabben cáusticamente.

—Nosotros correríamos con todos los gastos si usted viajase a N. S., Chaffery —manifestó

el

doctor

Havanagh.

Chaffery

miró a

su

amigo.

—¿No te animas a

venir conmigo? —

invitó. Deirdre se

puso en pie

súbitamente.

—Si Darryl va allí, yo iré también con él —exclamó—. Hay muchas cosas oscuras en mi pasado y quiero conocerlas a fondo.

Brabben demoró la respuesta algunos segundos.

—Tendré que pensármelo bien antes de tomar una decisión

—respondió finalmente.

CAPITULO XI

El hombre se asomó cautelosamente a la esquina y contempló la puerta de la casa, situada a una docena de pasos de distancia. Después de asegurarse de que no había gente en las inmediaciones, abandonó la oscuridad y caminó con paso rápido hacia la puerta.

Súbitamente, tres o cuatro individuos cayeron sobre él. Se oyó un rugido de bestia feroz.

El prisionero se debatía con todas sus fuerzas. Uno de sus atacantes salió rodando por el suelo.

Otro, sin embargo, consiguió colocarle en las muñecas un par de esposas. Hervester

Mac Kenzie dio un violentísimo tirón y las esposas saltaron.

El sargento Trudeau decidió dejar las contemplaciones a un lado. Sacó una corta cachiporra y golpeó la cabeza de Mac Kenzie, quien se desplomó instantáneamente al suelo.

El agente derribado se incorporó, lanzando mil maldiciones.

—Tiene las fuerzas de un hércules —masculló, frotándose el brazo dolorido. La puerta de la casa se abrió de pronto.

—¡Eh! ¿Quién diablos ha organizado ese escándalo en mis propias narices? ¿Es que uno no va a poder descansar a gusto? Trudeau sonrió.

—Vuélvase adentro, capitán Chaffery; esto no va con usted. Chaffery miró la figura caída en el suelo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un vulgar atracador —respondió Trudeau—. Vamos, muchachos, carguen con él; hemos de llevarlo a jefatura inmediatamente. Al teniente Keene le encantará la noticia

que vamos a darle.

Los policías se alejaron, llevando en peso el cuerpo inconsciente de Mac Kenzie.

—Adiós,
capitán —se
despidió
Trudeau.

Chaffery cerró y
regresó junto al
diván.

—¿De qué estábamos
hablando, Polly? —
preguntó. La rubia sonrió.

—Ah, ¿pero, hablábamos? —
exclamó, fingiendo sorpresa.
Chaffery se echó a reír.

—Tienes razón, guapa —dijo—. Hay momentos en que las palabras sobran.

Se inclinó sobre ella y rodeó con sus musculosos brazos el carnoso talle de la rubia. A Chaffery le gustaban mucho las mujeres del tipo de Polly, de curvas abundantes.

De pronto, llamaron a la puerta.

Chaffery se incorporó un poco, súbitamente enojado.

—¿Quién será el importuno...?

La mano de Polly agarró su nuca.

—No contestes, Dick —

murmuró con voz
ensoñadora. La llamada se
repitió. Chaffery se puso en
pie.

—Espero que no sea un vendedor de robots-sirvientas —
masculló—. Le haría

comerse el artefacto...

Se acercó a la puerta, pero, antes de abrir, oteó un poco el panorama a través de los visillos.

Había un hombre parado frente a la entrada, con la mano derecha bajo el sobaco

del otro lado. Estaba lado contrario al sentido de giro de la puerta.

A Chaffery le escamó mucho la actitud del individuo. Después de unos segundos de reflexión, se situó en el lado contrario al sentido de giro de la puerta.

Abrió. El hombre dio dos pasos dentro de la casa. Ya tenía la pistola en la mano. Polly chilló.

—No te preocupes, nena —dijo Chaffery.

Su mano derecha cayó de filo sobre la muñeca del individuo. El arma saltó de sus dedos, repentinamente sin fuerza.

Acto seguido y antes de que el intruso se rehiciera, Chaffery le hizo girar con un seco empujón en el hombro izquierdo. Luego disparó su puño, poniendo en el empeño toda la potencia de sus músculos.

Los pies de Filippo da Rosa se separaron diez centímetros del suelo. Voló un poco y acabó aterrizando a los pies de la estupefacta Polly.

Chaffery cerró de un alegre taconazo.

—Me parece que un tal Sam Keene se va a alegrar mucho de la noticia —dijo.

Polly reaccionó. Corrió hacia el vagabundo del espacio y le levantó el brazo derecho.

—¡Vencedor por K.O.... Dick Chaffery! —gritó.

*

*

*

—Ustedes pertenecían a la dotación de la astronave *Meteor* —dijo Keene, sentado en un ángulo de la mesa.

Mac Kenzie y Da Rosa permanecían sentados en sendas sillas, esposados de pies y manos y sujetos, además, por

otras esposas que estaban atadas al respaldo y a las patas de las sillas. Era el único medio que había encontrado Keene para dominar su agresividad.

Los prisioneros permanecieron silenciosos.

—Cometieron dos asesinatos —dijo Keene—. Pero quizá no lo hicieron voluntariamente. ¿Quién se lo ordenó?

La puerta del despacho se abrió de pronto. Brabben y Deirdre cruzaron el umbral.

—Gracias por tu llamada, Sam —dijo Brabben.

—Hola, Darryl —saludó el policía

—. ¿Cómo está, Deirdre?

Brabben miró a los prisioneros.

—De modo que los han capturado —exclamó.

—No fue fácil, pero lo conseguimos. Alguien... nos dijo dónde podíamos encontrarlos. Seguimos la pista de Mac Kenzie, y conseguimos atraparlo cuando iba a entrar en la casa del capitán Chaffery.

Brabben comprendió que Keene habría utilizado los servicios de más de un confidente. De otra manera, su éxito se habría retrasado considerablemente.

—Así que Mac Kenzie iba a casa de Chaffery.

—Sí, pero el otro se nos despistó. Luego, sin embargo, quiso hacer lo que no había

conseguido
su
compañero.

—¿Y lo capturó ese
vagabundo del
espacio?

—A Chaffery se le ocurrió mirar antes por la ventana. Es
un tipo de muchos recursos y no le fue difícil dejarlo sin
sentido.

—Entiendo. ¿Han
dicho algo de
interés?

—Nada. Hasta ahora no
han despegado los labios.

—Bueno, quizá haya un
método para hacerles hablar.
Keene miró a Brabben.

—

¿La
psicograbadora?

—Justamente. Previendo que podrías necesitarla, llamé
al doctor Wurtzburg apenas recibí tu aviso.

Keene
hizo
una
mueca.

—

No
sé
si
podré

—

dijo.

—

¿Por
qué?

—Es un
método,
hasta ahora,
ilegal.

—La ley no tiene nada
previsto al respecto,
¿verdad?

—

Justamente.
Brabben se situó
frente a los
prisioneros.

—Sam, ¿estamos delante de
unos seres vivos? —preguntó. El
policía se sobresaltó.

—

¿Qué
quieres
decir,
Darryl?

—¿Has oído hablar
alguna vez de los no
muertos?

—Vamos, Darryl, no me vengas ahora con supersticiones
—refunfuñó Keene—. Estamos en pleno siglo veintidós...

—Y las cosas que están ocurriendo rozan, muchas veces,
el plano de lo sobrenatural. Keene empezó a tirarse del
labio superior.

—De todas formas, no puedo
autorizar el uso de la
psicograbadora sin permiso de
mis superiores —contestó.

—Es posible que Mac Kenzie y Da Rosa estén vivos. Pero
su mente no les pertenece. Son seres humanos y nuestro
deber es arrancarles a esa esclavitud mental en que han
caído, sustraerles al dominio del misterioso ser que les
dicta órdenes desde trillones de kilómetros de distancia.

El teniente se
quedó callado un
momento.

Luego

dijo:

—Darryl, ¿tú crees posible que pueda
ocurrir una cosa semejante?

—Estoy seguro de
ello —contestó

Brabben.

—Darryl tiene razón. Su mente no les pertenece. Son
prisioneros de «El» —intervino la muchacha.

Brabben recordó entonces
haber oído algo al respecto.

—Deirdre,

¿quién es «El»?

—preguntó.

—Lo siento —contestó ella—.

Ni yo misma le conozco.

*

*

*

—Empezaremos por Mac
Kenzie —dijo Wurtzburg.

Keene
se
persignó.

—Me juego
el cargo —
murmuró.

—O conseguirás un
ascenso —sonrió
Brabben.

Wurtzburg repasó los indicadores de su máquina.
Luego movió un par de llaves.

—Escuche, Mac Kenzie —dijo—. Quiero que responda en
imágenes a todo lo que sepa. Lo que usted piense
respecto a su estancia en N. S. se reflejará gráficamente
en la pantalla. ¿Me ha comprendido?

Mac Kenzie no contestó. Wurtzburg presionó una tecla y
la pantalla donde se proyectaban las imágenes mentales se
iluminó.

La estancia se hallaba sumida en una penumbra que
no impedía, sin embargo, contemplar los rostros de los
asistentes. Todos escrutaban con ansiedad la cara de Mac
Kenzie.

—Debe empezar a pensar en lo que pasó a partir del
momento en que las patrullas de desembarco pusieron pie
en N. S. —dijo el doctor Wurtzburg—. No queremos causarle
daño, sólo pretendemos ayudarle, Mac Kenzie.

El prisionero permaneció silencioso. La
pantalla seguía sin imágenes.

Súbitamente, el color blanco de la pantalla se tornó
amarillento y luego rosado. Del rosa pasó al rojo fuerte,
después escarlata muy vivo y, gradualmente, fue
oscureciéndose hasta que la pantalla apareció totalmente
negra.

—¿Qué diablos pasa ahí? —
exclamó Keene, desconcertado.

—No lo sé —contestó Wurtzburg—. El aparato está

en perfectas condiciones... El color negro persistía, fijo e inalterable.

De pronto, Brabben clavó los ojos en el rostro de Mac Kenzie.

—¡Eh, a este hombre le pasa algo! —exclamó, alarmado.

—¡Luz!

—pidió

Keene, a

gritos.

El sargento Trudeau encendió todas las luces de la estancia. Wurtzburg se precipitó sobre Mac Kenzie, cuya cabeza aparecía doblada sobre el pecho.

El silencio era absoluto. Wurtzburg sacó un estetoscopio y lo aplicó al pecho de Mac Kenzie.

Al cabo de unos segundos, exclamó dramáticamente:

—

¡Este hombre

ha

muerto!

Keene

lanzó

Un

gemido.

—Y Da Rosa también —añadió Brabben instantes después.

*

*

*

—No lo entiendo —dijo Wurtzburg—. Juro que no lo entiendo. Nunca me había pasado una cosa semejante. Deirdre permanecía sentada en el diván, con la mejilla

apoyada en una mano, silenciosa y melancólica. Brabben se paseaba nervioso arriba y abajo de la sala.

—«El» los mató —dijo—. Ya no cabe la menor duda al respecto.

—¿Una orden mental? —dudó

Wurtzburg.

—¿Qué otra cosa se puede pensar, doctor?

—El corazón se les paralizó, como si hubieran sufrido un colapso nervioso. La

autopsia lo ha demostrado incontestablemente.

—Pero eso no nos aclara nada. Mientras no hayamos resuelto el misterio, todo lo ocurrido en N. S. permanecerá en tinieblas.

Llamaron a la puerta. Deirdre se irguió un tanto.

—Yo iré a

abrir —se

ofreció

Brabben. Era

Chaffery.

—Hola, chico —saludó desenvueltamente—. ¿Qué tal, doc? Deirdre, tú tan guapa como siempre.

Ella emitió una sonrisa de cortesía. Chaffery miró asombrado a su alrededor.

—Vaya, diríase que estamos en un funeral —exclamó—. Hombre, la cosa no es para tanto...

—Mac Kenzie y

Da Rosa han

muerto, Dick.

Chaffery dejó de

sonreír.

—Diablos —murmuró—. No lo sabía.

—La noticia se ha divulgado ampliamente —manifestó Deirdre.

—Lo siento. Yo he estado veinticuatro horas «ausente».

Brabben sabía en qué consistían las «ausencias» de su amigo.

—¿Solo o acompañado? —preguntó maliciosamente.

—Mitad y mitad —contestó Chaffery—. Ella se largó después de las primeras etapas. Es una chica floja y no resistió una docena de tragos.

—Y tú,

¿cuántos te

echaste al

colete?

Chaffery hizo

un gesto
ambiguo.

—Hay cosas que no cuento jamás —respondió—. Pero,
¡qué sed tengo!

—En la cocina tienes agua fresca...

—¡Agua! —bufó el vagabundo del espacio—. Tú no me
quieres bien, Darryl.

Se acercó al aparador, destapó una botella y puso cuatro
dedos de licor en un vaso.

—Esto es lo mejor para quitar las penas —dijo. Bebió un
sorbo y añadió—: Siento que hayan muerto esos dos, pero,
por otro lado, hay que recordar lo que hicieron con aquellos
pobres detectives.

Brabben asintió.

—Sin olvidar a Greta Holmson —añadió.

—Es cierto —dijo Deirdre—. Ya no se ha vuelto a saber
más de ella. ¿Qué habrá sido de esa pobre chica?

Chaffery liquidó el contenido de su vaso.

—Ya no lo sabremos nunca —dijo—. A saber dónde
estará enterrada... Por cierto, Darryl, he venido a
despedirme.

—¿Te marchas, Dick?

—Sí, tengo que ir al Banco.

—¿Vuelves a N. S.?

Chaffery enseñó los forros de sus bolsillos.

—Estoy sin blanca —sonrió.

—¿Cómo? ¿Es que hay algún Banco en N. S.? —preguntó
Wurtzburg ingenuamente.

—Algo parecido, doc —
contestó Chaffery riendo.

Brabben alargó la mano.

—Espera un poco, Dick —exclamó—.
Creo que voy a ir contigo. La joven se
puso en pie de un salto.

—Darryl, recuerda lo que dije. Si
tú vas allí, yo iré contigo.

—Van a afrontar un grave
riesgo... —advirtió Wurtzburg.
Brabben movió la cabeza.

—Doctor, creo que ya conozco el truco para entrar y salir
libremente de N. S. —
manifestó.

—¿Cuál
es? —
preguntó
Deirdre.

—Ya lo diré después. Ahora me gustaría saber si el doctor
Wurtzburg quiere acompañarnos en el viaje.

—Si
me
garantiza
la
vida...

—Hasta un límite razonable, por supuesto. Chaffery va y
viene cuando le parece.

¿Por qué no hemos de
hacer nosotros lo
mismo?

—En mi nave, desde luego, hay sitio de
sobra... —dijo el aludido.

—Es que no iremos en tu nave, sino en otra más grande y
capaz, ya que hemos de llevar una carga muy especial,
además de voluminosa. Por otro lado, quiero que el doctor
me conteste a una pregunta.

—Sí, capitán, lo que usted
diga —accedió Wurtzburg.

—Necesitaremos llevarnos su psicograbadora. ¿Se puede

hacer que funcione automáticamente?

—No hay dificultad alguna —
respondió el científico.

—Entonces, no se hable más. Cuando lleguemos a N. S.,
podremos conocer, con exactitud, las causas de la muerte
de casi trescientas personas.

—Y las causas por la que Chaffery va y viene
tranquilamente sin sufrir el menor daño

—
dijo
Deirdre.

—Oh, eso ya lo sé yo —declaró Brabben
con la sonrisa en los labios.

CAPITULO

XII

Los últimos metros fueron cubiertos a una velocidad mínima. El tren de aterrizaje estaba ya fuera y las cuatro sólidas patas se apoyaron en el suelo herboso con un choque apenas perceptible.

—Bueno —exclamó Brabben, después de desconectar los motores—. Ya hemos llegado

a N. S.

Wurtzburg se asomó a una de las lucernas.

—Veo restos

humanos en ese

claro —dijo.

Deirdre se

estremeció.

—Son ellos...

—Es lógico —manifestó Brabben—. Hemos tomado tierra justamente en el mismo sitio que se posaron la *Meteor* y la *Inquirer*. Pero ahora vamos a celebrar nuestro aterrizaje. Dick, ¿quieres abrir una botella de champaña?

—Hombre, lo encuentro algo flojo —se lamentó Chaffery.

—Es la bebida adecuada para estas circunstancias —sonrió Brabben.

—Capitán, a mí no me parece momento oportuno para brindar con champaña —

rezongó Wurtzburg—. La vista de esos pobres desgraciados...

Brabben miró fijamente al científico.

—Doctor, le guste o no, se tomará un par de copas de champaña —contestó—. Y, además, en todo momento, llevará colgada del cinturón una cantimplora llena de licor.

—¡Nunca me he emborrachado...! —protestó Wurtzburg acaloradamente.

—Pues ahora tendrá que estar todo el tiempo a «medios pelos», como vulgarmente se dice —decretó Brabben tajantemente—. O no vivirá para contarlo.

Wurtzburg se quedó con la boca abierta.

—No entiendo...

—Doctor, una cosa es segura. Chaffery sobrevivió todas las veces, porque en sus venas corre alcohol en lugar de sangre. ¿Lo entiende ahora?

El científico hizo un fruncimiento de cejas.

—Un cerebro en el que hay algo de alcohol siempre está más libre que otro «limpio» —

dijo.

—Justamente, doctor, ésa es mi teoría, que ha sido corroborada por los hechos.

—¿Y yo? ¿Cómo sobreviví tantos años en N. S., sin que «él» me hiciera el menor daño?

—exclamó la muchacha.

—Ese es un enigma que no acabo de comprender — respondió Brabben—. Pero debes recordar la forma en que te escapaste del planeta.

—Bueno, utilicé uno de los cohetes de emergencia...

—Después de que te hiciste aquel refresco con zumo de uva y agua. El zumo de uva contiene alcohol, Deirdre.

Ella se quedó con la boca abierta. En aquel instante, sonó el taponazo de la botella de champaña.

—¡A beber, compañeros!

Minutos más tarde, estaban listos para el desembarco. Wurtzburg se sentía muy eufórico.

—Bueno, la verdad es que un traguito de cuando en cuando nunca sienta mal —dijo. Brabben cargó con parte de la psicograbadora. Chaffery llevaba lo más pesado de la máquina, el generador que suministraría corriente para ponerla en funcionamiento.

Avanzaron cincuenta o sesenta pasos fuera de la astronave. De cuando en cuando, Wurtzburg se detenía para examinar alguno de los cadáveres, en los cuales apenas si quedaba más que la ropa y los huesos.

—Desde luego, no comprendo cómo pudieron inventarse aquel ataque de los vaqueros

—dijo—. No hay ni una señal de bala.

—Yo me he forjado una hipótesis, doctor —manifestó Brabben.

—¿Quiere exponerla, por favor?

—Todos murieron de la misma manera que Da Rosa y Mac Kenzie, es decir, por paralización de la víscera cardíaca. «El» lo ordenó, no hay duda, pero antes, su poderosa mente infiltró en las de sus víctimas las visiones de unos supuestos atacantes.

—Es probable —admitió el científico—. Si tenemos en cuenta el infinito poder de esa mente, no tendría nada de extraño que así hubiera sucedido.

De repente, Chaffery lanzó una exclamación.

—Eh, miren lo que acabo de encontrar —dijo, a la vez que enseñaba un cuaderno de notas.

—Fueron los últimos supervivientes de la *Inquirer* —dijo Brabben, después de la lectura del relato escrito por Ricardo Martínez—. Me refiero a los desembarcados, claro. El resto murió a bordo, salvo Moos.

—Martínez le puso un nombre muy adecuado —dijo Deirdre. Brabben paseó la vista por el suelo sembrado de esqueletos.

—Sí, «Muerte» es el nombre que más le cuadra —dijo.

—Tendremos que enterrarlos —propuso Chaffery.

—Lo haremos más adelante. Ahora hay cosas más urgentes que hacer —decidió el joven.

—Sí, es preciso montar la psicograbadora —concordó Wurtzburg.

Los trabajos dieron comienzo de inmediato. Cuando estaban a punto de terminar, Brabben percibió una sensación extraña.

Era como si alguien golpease una puerta en su cráneo, tratando de penetrar en su interior. Apresuradamente, descolgó la cantimplora de su cinturón y tomó un trago de coñac.

Los efectos del champaña se habían disipado ya para él. Cuando terminó de beber, un jinete armado se materializó de repente a cincuenta pasos de distancia.

Brabben se tiró al suelo instantáneamente.

—¿Eh, qué te ocurre, compañero? —se alarmó Chaffery. El joven levantó los ojos. La visión había desaparecido.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Deirdre, alarmada. Brabben se puso en pie.

—He visto a un caballista que me apuntaba con su rifle —declaró.

—Rayos —juró Chaffery—. Entonces, es cierto lo que declararon Harris y Moos.

—¿Cómo ha sido posible tal cosa? —preguntó Wurtzburg.

—Yo estoy más acostumbrado a beber que usted y Deirdre —dijo el joven—. Por tanto,

dos copas de champaña no me hicieron gran cosa. Noté como si alguien quisiera penetrar en mi mente y comprendí que podía sucederme algo. Por eso bebí tan de prisa.

—¿Llegó a disparar el jinete? —preguntó Deirdre.

—No tuvo tiempo —sonrió Brabben.

—Bien, ¿pero cuáles son tus intenciones al montar la máquina? —quiso saber Chaffery.

—Aquí hay dos clases de grabadoras —respondió el joven—. Una normal y la del doctor Wurtzburg. Ya sabemos que la psicograbadora reproduce las imágenes que se forman en el cerebro. Pero lo que quiero averiguar es si esas imágenes se producen además en la realidad.

—No entiendo...

—Es muy sencillo. Hace algunos minutos, yo vi a un jinete armado. Ahora, si me sometieran a la acción de la psicograbadora, se reproduciría su imagen en la pantalla. Pero si en ese momento hubiera estado funcionando la grabadora normal, ¿habría registrado también la presencia del *cow-boy*?

—Tú lo que quieres saber es si «Muerte» está habitado o no, y en el primer caso, la clase de personas que viven aquí, capaces de hacerle creer a uno que son jinetes de un rancho del Oeste.

—Exactamente.

Chaffery meneó la cabeza.

—Si quieres que te diga mi opinión, este planeta está deshabitado —dijo.

—¿Cómo puedes afirmarlo tan rotundamente, Dick?

—Bueno, no sabría decirlo. La experiencia, muchacho. Olfato, ojo clínico... llámalo como quieras, pero en este planeta no vive nadie.

*

*

*

Brabben y Wurtzburg terminaron de montar los aparatos. Brabben llevaba colgada del cinturón, además de la cantimplora, una caja de control remoto para hacer funcionar las grabadoras.

¿Tenía razón su amigo? ¿Era cierto que no vivía nadie en aquel funesto planeta al que Martínez había dado el nombre de «Muerte»?

Paseó la mirada por los alrededores. A veces le parecía que el suelo vibraba tenuemente, como animado por una vida interior.

Se acordó de ciertas palabras que Chaffery había pronunciado semanas antes. «Es una cosa viva», había dicho aquel vagabundo del espacio.

La vegetación era abundante y vistosa. Pero no se veía un solo animal.

A lo lejos se entreveía un arroyo corriendo entre los árboles.

¿Habría peces?

Resultaba extraño que en un planeta donde la presencia del hombre era desconocida no se viesen animales en estado salvaje, los cuales, precisamente por desconocer al hombre, no deberían sentir temor de ellos y moverse libremente en sus inmediaciones.

Pero nada de eso sucedía.

El silencio era absoluto. Apenas si se percibía algún que otro susurro de las hojas de los árboles próximos al ser movidas por una leve brisa.

Pasaron los minutos.

—No veo que ocurra nada —dijo Chaffery.

—Seamos pacientes —aconsejó Wurtzburg—. No tenemos ninguna prisa, creo yo.

—Dick, tú dijiste en cierta ocasión que cuando venías aquí, tenías la sensación de que cientos de ojos te espían de todas partes —manifestó Brabben.

—Siempre me pasó así, aunque no hice gran caso, la verdad. Además, tampoco permanecía aquí demasiado tiempo —respondió Chaffery.

—Lo justo para coger unos cuantos rubíes, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Viste alguna vez un animal, de cualquier especie, Dick?

—No, en absoluto.

—Tú recoges los rubíes en un arroyo. ¿Hay peces?

—Tampoco. Hombre, ahora que me lo recuerdas... Darryl, es raro, pero aquí jamás he visto un pájaro.

Brabben volvió los ojos hacia Wurtzburg.

—¿Qué opina usted, doctor? —preguntó.

—Es extraño, en efecto —concordó el aludido—. No parece natural un planeta en el que sólo existe la vida vegetal. Claro que puede haber animales inferiores...

—Insectos y demás, ¿no?

—Sí, y eso supondría que N. S. está aún en período de evolución y que pasarán millones de años antes de que aparezcan animales con alto grado de desarrollo.

—Doctor, permítame que le diga que yo no creo en esa teoría.

—¿Por qué, Brabben? —se extrañó Wurtzburg.

—Fíjese en la vegetación. Es idéntica a la de la Tierra, aunque mucho más frondosa. Pero no se ven los grandes árboles ni las plantas tropicales, propias de las épocas primitivas de la Tierra, cuando el hombre ni siquiera había hecho su aparición.

—Es verdad —convino el científico—. Es un detalle extraño.

—

Y

muy

inquietante.

Chaffery

bostezó.

—Aquí no viene nadie, lo cual me defrauda —dijo—. De este modo, no puedo satisfacer mis ganas de jaleo.

CAPITULO XIII

El resto del día transcurrió sin novedad.

—Si mañana no pasa nada, al otro iremos a buscar la nave de Deirdre —dijo Brabben. Cenaron a bordo de la astronave que les había traído hasta allí. A juicio del joven, era la

mejor solución. Cerrados por dentro, podían eludir los peligros del exterior.

Después de la cena, se distrajeron contemplando una película. Luego se fueron a dormir.

Brabben fue el último en acostarse. Dejó la puerta de su cámara entreabierta. Leyó

todavía

un rato

y

apagó

la luz.

Algo le despertó de pronto. Inmediatamente, se puso en pie y se arrancó el cordel que se había atado a la muñeca izquierda y en el cual había tropezado una persona.

En silencio abandonó la cámara. Al fondo divisó una blanca silueta.

Deirdre, vestida solamente con un, transparente camisón, se dirigía hacia la esclusa de salida. Brabben corrió de puntillas y la alcanzó cuando la joven se disponía a accionar el mecanismo de apertura.

—Deirdre —llamó.

Ella se detuvo en el acto, rígida como una estatua.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—«El» me llama —respondió la muchacha con voz opaca.

—¿«El»? ¿Quién es? ¿Cuál es su nombre?

—No lo sé, nunca me lo ha dicho.

—

¿Lo

has

visto
alguna
vez?
Deirdre
vaciló.

—No sé —contestó al cabo.

—¿Te ha llamado ahora?

—Sí.

—¿Qué orden te ha dado?

—Dijo que abandonase la nave.

—¿Nada más?

—Eso es todo.

Brabben se situó frente a la joven. Deirdre aparecía como sumida en trance hipnótico.

—

Ven
conmigo

—

dijo.

Ella

se

resistió.

—No puedo. «El» me llama. Tengo que ir con «él».

—No saldrás de aquí...

Repentinamente, Deirdre levantó un brazo.

Brabben apenas si tuvo tiempo de vislumbrar el puñal que ella se disponía a clavarle en el pecho. Alargó velozmente la mano izquierda y detuvo el golpe, pero en el acto captó la extraña potencia muscular de la joven.

Era una fuerza, sin embargo, que no procedía de la propia Deirdre, dedujo. Y ella insistía en matarle.

Brabben recurrió a un procedimiento clásico en casos semejantes: disparó su puño derecho y lo estrelló contra el mentón de la muchacha.

Los efectos fueron fulminantes: Deirdre perdió el conocimiento en el acto.

*

*

*

—Siento haberte golpeado —dijo
Brabben a la mañana siguiente. Deirdre
sonrió.

—Me duele, pero si no me lo hubieras dicho tú, no sabría el
origen de ese dolor —
contestó.

—De modo que ella quiso
matarle —exclamó Wurtzburg.

—

Como
lo
oye,
doctor.

—Este planeta me pone nervioso —masculló
Chaffery—. ¿Cuándo nos vamos?

—No tengas prisa, Dick; recuerda que hemos venido
como exploradores e investigadores y que, además, han
pasado ya veinticuatro horas y no nos ha sucedido nada.

—

Eso
lo
dirás
tú...

—Quiero decir que seguimos con vida. Los demás murieron
a los pocos minutos de desembarcar.

Chaffery

se
estremeció.

—No

me lo
recuerdes

—

gruñó.

—Así, pues, usted, señorita Bomargh, no tiene idea de lo que le sucedió anoche —dijo Wurtzburg.

—

En
absoluto,
doctor.

—Ella dijo que «él» la llamaba. No sabía más, pero, evidentemente, había caído de nuevo bajo su influencia.

—Y tu golpe la libró de esa
sugestión —dijo Chaffery.

—Justamente. Fue lo único que se me ocurrió entonces —
contestó Brabben—. Bueno,
¿hemos
terminado
de
desayunar?

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó la muchacha.

—Desde el aire vi la nave donde tú llegaste a este planeta por primera vez. Quiero ver qué hay allí.

—Resultará interesante, en efecto —convino Wurtzburg.

Momentos después, abandonaban la astronave, no sin antes haber tomado unos buenos tragos de licor, como precaución. A Brabben le pareció percibir en el interior de su mente un silencioso rugido de rabia.

Ello le satisfizo notablemente, porque era la tácita comprobación de dos cosas: había un ser viviente en el planeta, aunque por el momento no se dejaba ver, y el alcohol les defendía eficazmente contra su poderosa mente.

Una hora más tarde, vieron la nave de Deirdre, tendida de costado, en medio de una zona boscosa y cubierta parcialmente por la vegetación.

La ruina del aparato era completa. No obstante,

encontraron algunas cosas interesantes y también documentos escritos y gráficos, que Brabben guardó; podían ser útiles para el futuro de la joven.

En la cámara grande y, aunque destrozado en parte, vio un piano de cola.

—Mi madre lo tocaba mucho —recordó Deirdre de pronto—. Ella fue quien me enseñó

todo lo que sé de música.

—Y tu inspiración hizo el resto para el *Concierto de las Galaxias* —sonrió él. De pronto, oyeron un grito en el exterior.

—¡Eh, salgan afuera, pronto!

—¡Diablos, hay gente en el planeta! —exclamó Chaffery.

Y se lanzó hacia la puerta, pero Brabben lo contuvo, agarrándole por un brazo.

—Quieto, Dick, no te fíes.

—Tienes razón —

murmuró el vagabundo.

Brabben se asomó

cautelosamente a la escotilla.

—¿Es que tienen miedo? —gritó la voz—. ¡No sean cobardes y den la cara! El claro estaba desierto.

—Pero hay alguien escondido entre los árboles —dijo Chaffery.

—Salgan o pegaremos fuego a su refugio —intimó el mismo individuo.

—¿Por qué no se deja ver usted, eh? —contestó Brabben.

Un hombre, vestido con ropas de vaquero, apareció de repente ante ellos. En las manos tenía un rifle.

—Somos muchos. Podemos derrotarles fácilmente.

—¿Significa eso que hemos de entregarnos?

—Sí.

—¿Qué será de nosotros cuando nos hayamos rendido?

El individuo calló.

—No sabe qué decir —cuchicheó Chaffery.

—¡Vamos, salgan! —gritó el *cow-boy*.

Brabben destapó su cantimplora, alargó el brazo y vertió unas gotas de licor sobre la hierba.

El efecto fue instantáneo. La visión desapareció.

En alguna parte sonó un profundo bramido de rabia. Pero, además, ocurrió algo extrañísimo.

La hierba y las plantas y aun bastantes árboles, desaparecieron como por ensalmo en un radio de doscientos metros en torno a la astronave destruida. Incluso la vegetación que casi la ocultaba desapareció, como si jamás hubiera existido.

—¡Rayos! Pero, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Chaffery.

Brabben saltó al suelo y se arrodilló. Las yemas de sus dedos se pasearon por el lugar que segundos antes había estado cubierto por una capa de espesa hierba.

Ahora no era sino una superficie lisa, con numerosos y diminutos hoyos semejantes a los de los poros de una epidermis humana. Brabben notó cierto calor a través de los dedos.

El color era
rosado claro,
casi blanco.

Un escalofrío
recorrió su
cuerpo.

—¿Qué es lo que nota,
Darryl? —preguntó
Wurtzburg. El joven se
incorporó.

—Na... nada de particular —contestó—. Un suelo liso, sin
más.

El contacto con el suelo le había hecho concebir una idea, pero era demasiado horrible para expresarla.

Ni siquiera él mismo se atrevía a creerla.

«Sería fantástico —se dijo—. Más que fantástico, inconcebible.»

Pero en el fondo de su ánimo, sabía que había adivinado o estaba a punto de adivinar la verdad.

—Será mejor que regresemos a nuestro campamento —propuso. El regreso se hizo en silencio.

Todos presentían que algo excepcional estaba a punto de suceder. Unas horas, unos días..., pero no tardarían mucho más en conocer por completo el secreto del planeta llamado «Muerte».

*

*

*

—Voy a hacer una prueba —dijo Brabben. Deirdre le miró angustiada.

—¿Vas a correr el peligro?

—No queda otro remedio —contestó él.

—Nosotros estaremos a su lado —dijo el doctor.

Chaffery preparó su cantimplora.

—A juzgar por lo que he visto, medio vaso de whisky es un arma mejor que un rifle —dijo.

Los minutos transcurrieron lentamente. Hacía ya rato que Brabben había tomado el último trago.

De pronto oyó un grito en el lindero del bosque.

—¿Han oído? —preguntó.

—No —contestó Wurtzburg—. ¿Qué sucede?

—Prepárense. Está a punto de ocurrir algo.

Dos o tres jinetes armados aparecieron de pronto a cien metros de distancia.

—Estoy viendo varios vaqueros —dijo Brabben.

—Nosotros no vemos nada —contestó Deirdre.

—Ahora se acercan —siguió el joven—. Vienen al paso, gritan, me insultan...

—¡Qué suerte tienes! —dijo Chaffery—. Yo no veo absolutamente nada.

—¡Ahora, Dick! —gritó

Brabben

repentinamente.

Chaffery lanzó un chorro de licor al suelo.

Los atacantes desaparecieron en el acto y el suelo quedó liso y desprovisto de vegetación en un amplísimo círculo.

—Otra vez ha pasado lo mismo que ayer —dijo Wurtzburg, atónito.

—Sí, pero hoy he visto yo a los vaqueros.

—Tenías el cerebro limpio de alcohol —dijo la muchacha.

—Justamente. —Brabben tocó las grabadoras—. Y ahora comprobaremos qué hay de cierto y de falso en estas visiones.

Wurtzburg estaba arrodillado, estudiando el suelo con gran curiosidad.

—Tengo que examinar una porción de este suelo —dijo.

—Más tarde —contestó Brabben—. Ahora hemos de ver las grabaciones. Wurtzburg sacó las cintas grabadas y regresaron a la nave.

—Proyectaré primero las imágenes de la psicograbadora —dijo.

Los jinetes aparecieron en la pantalla, aumentando rápidamente de tamaño, antes de desaparecer súbitamente.

—Eso es lo que vi yo con los ojos de la mente —dijo Brabben.

—Bueno, si esos jinetes no son, sino fantasmas, ¿cómo pudieron disparar sus rifles? — se asombró Chaffery.

—No los disparaban, porque no existen —contestó el joven

—. Lo que pasa es que los tripulantes creían recibir los balazos. En realidad, fallecían por colapso cardíaco.

—¿De miedo?

—O quizá «él» posee la fuerza mental suficiente para detener definitivamente el corazón de un hombre.

—Eso es incomprensible —refunfuñó el vagabundo—. ¿Por qué diablos no quiere que haya gente en su planeta? ¿Es un ser insociable?

—Calma, Dick, todo llegará y conoceremos al fin la verdad completa.

—Pero nosotros estamos librándonos gracias al alcohol...

—Dick, a ti te ha gustado siempre tomar un trago. En cambio, los equipos de desembarco de una nave de exploración, están compuestos por personas abstemias, al menos en esos momentos. El reglamento, ¿sabes?

—Ah, claro, ahora lo entiendo.

Brabben proyectó las imágenes obtenidas por la grabadora normal.

—Los vaqueros no aparecen aquí —dijo Deirdre.

—Es natural; sólo estuvieron en mi imaginación.

El bosque aparecía desierto y tranquilo. De pronto, el suelo se despejó en un gran trecho y las hierbas y demás plantas se esfumaron instantáneamente.

—Aquí es cuando Chaffery tiró un poco de licor al suelo. Y esto sí sucedió realmente, porque ha sido registrado de modo impersonal por un aparato, en cuyos mecanismos no influyó para nada una mente viva.

—Bueno, como lloviera alcohol, este planeta se quedaría como una bola de billar en pocos minutos —dijo Chaffery.

Brabben detuvo la proyección.

—Poco a poco iremos conociendo la verdad —sonrió Brabben,

—Sí, pero hay algo que me vuelve loco. Francamente, no acabo de entenderlo.

—¿De qué se trata, Dick?

—Nos atacan esos vaqueros imaginarios. ¿Por qué vaqueros y no guerreros de otra época? O salvajes de aquel siglo, tanto da.

—Creo que la explicación está en mi nave —dijo la muchacha.

—

¿Sí,
Deirdre?

Ella
sonrió.

—Mi padre era muy aficionado a las cintas de ese género —contestó—. Tenía en la nave una abundante filmoteca, con películas, incluso, de hace trescientos años.

CAPITULO XIV

Obsesionado por una idea fija, el doctor Wurtzburg abandonó la nave con algunos instrumentos en la mano y caminó una docena de pasos.

Eligió un sitio que le pareció adecuado y se arrodilló. Abrió una cajita y la dejó al lado.

Luego sacó un bisturí y trazó una larga incisión en el suelo.

Gotas de color rojo aparecieron instantáneamente en la incisión. Wurtzburg sonrió satisfecho.

—Creo que he dado con
la solución —murmuró.

Señaló un cuadrado de veinte centímetros de lado con el bisturí y luego se dispuso a profundizar en las incisiones. De repente, sintió un extraño envaramiento en la mano.

Una viva alarma llegó a su cerebro. Con la otra mano, trató de alcanzar la cantimplora que pendía de su cinturón.

—¡No lo hagas!

La orden sonó, tajante y categórica, en el interior de su mente. Wurtzburg se inmovilizó en el acto.

—

Avanza
diez
pasos.
El
científico
obedeció.

—Quieto ahí. No te muevas.

Wurtzburg se sabía presa del ser extraño que dominaba en aquel planeta. La noción de peligro llegaba a su cerebro, pese a la bruma que lo envolvía, cada vez más espesa.

—¡Socorro! —gritó.

—¡Silencio! —ordenó «él».

Dentro de la nave, Deirdre sintió de repente una extraña aprensión.

—Me ha parecido oír un grito —dijo.

—Tómese una copita. Eso evita las alucinaciones —

aconsejó Chaffery.

—He bebido hace diez minutos. Los efectos de esa dosis me durarán dos horas al menos.

—¿Estás segura de haber oído un grito? —preguntó Brabben, que estaba trabajando con unas herramientas en una caja de control.

Deirdre se levantó y se acercó a una de las lucernas.

—¡Mirad! —gritó de repente.

Los dos hombres corrieron hacia la ventana. Chaffery emitió una imprecación:

—Los esqueletos han desaparecido —exclamó.

—Sí, pero, ¿qué diablos hace el doctor allí, solo, en medio del calvero? —se extrañó

Brabben

—Darryl, ¿te has fijado que tiene los pies metidos en el suelo? —exclamó la muchacha.

—¿Sólo los pies? —dijo Chaffery—. ¡Está hundido hasta media pierna! Brabben se lanzó hacia la puerta.

—¡Vamos, hay que salvarle! —dijo.

Chaffery agarró la cantimplora y salió el primero de todos.

Brabben se sentía espantado. Cuando alcanzaron a Wurtzburg, tenía ya las piernas metidas en el suelo hasta la rodilla.

—Vamos, tira de él, Dick —gritó el joven.

Chaffery era un hombre robusto y Brabben no le iba a la zaga, pero entre los dos no

consiguieron mover un solo centímetro el cuerpo de Wurtzburg.

El científico permanecía inmóvil, insensible, ajeno a todo, sin emitir el menor sonido, con los ojos cerrados. Deirdre contemplaba la escena llena de espanto.

—No podrán sacarlo —dijo de pronto.

Brabben se volvió hacia ella.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

—Mira sus piernas... Se funden con el terreno...

Brabben bajó la vista. Una sensación de intolerable horror acometió su espíritu. Instintivamente, soltó a Wurtzburg. Chaffery le dirigió una mirada de reproches.

—Vamos, un esfuerzo más...

—Es inútil, Dick.

Chaffery se separó de Wurtzburg. El doctor estaba hundido en el suelo hasta la mitad de los muslos.

—¿Tienes un cuchillo, Dick? —preguntó Brabben.

Chaffery se lo entregó. Brabben se arrodilló y cortó la tela de los pantalones de Wurtzburg.

Deirdre lanzó un grito de terror. El suelo y la carne de la pierna de Wurtzburg eran una misma cosa.

No había solución de continuidad entre el terreno y la carne humana. Parecía como si ésta brotara del suelo, pero, en realidad, se fundía con él rápidamente.

—No hay nada que hacer —dijo

Brabben—. Está sentenciado.

Chaffery retrocedió, espeluznado.

De repente agarró la cantimplora y, tras destaparla, arrojó un chorro de alcohol a las piernas de Wurtzburg.

—A ver si así podemos...

Sucedió todo lo contrario de lo que esperaba. Algo pareció bramar en el suelo y, en unos instantes, Wurtzburg perdió su forma humana.

Pareció derretirse con infinita rapidez. Humeó, mientras se fundía y se esparcía por el suelo, convertido en un líquido

rosado, que bien pronto se confundió con el terreno.

Brabben retrocedió, amedrentado.

—Lo ha deglutido —dijo—. Como a los esqueletos.

—Tenemos que irnos de aquí —exclamó Chaffery, muy aprensivo—. Este planeta empieza a darme miedo.

Y, para combatirlo, se tomó un largo trago de alcohol.

—Nosotros beberemos también —dijo Brabben.

—¿Y si todo hubiera sido una ilusión de los sentidos? —exclamó Chaffery de pronto—. En cualquier momento podemos ver al doctor...

—No, no lo creo —contestó Brabben—. Wurtzburg cometió el error de dejar pasar demasiado tiempo sin tomar alcohol y la mente del ser se apoderó de la suya.

—Las grabadoras están funcionando —dijo Deirdre—. Sus registros nos dirán si hemos visto visiones o ha sido realidad.

Brabben asintió y recogió las cintas grabadas.

Luego regresaron a la nave. En el suelo encontraron los instrumentos del doctor.

—¿Qué diablos quería hacer? —preguntó Chaffery.

Brabben se lo suponía, pero prefirió callarlo por el momento.

—Seguramente, tomar muestras del terreno para analizarlo

—contestó.

Entraron en la nave. Brabben dispuso todo para la proyección de las cintas grabadas. Las dos proyecciones resultaron idénticas.

—No hay duda: Wurtzburg está muerto —dijo Chaffery al acabar.

—Fundido con el planeta, formando ahora parte de su masa

—puntualizó Brabben.

—A nosotros nos puede ocurrir lo mismo...

—Creo que no, si obramos con un poco de astucia —dijo Brabben—. Y, por supuesto, no pienso irme de aquí sin resolver algunos enigmas que aún siguen en la oscuridad.

—Te refieres a «él», ¿no es así? —habló Deirdre.

—Ese condenado sujeto... —masculló Chaffery— ¿Por qué no da la cara de una vez?

—La ha estado dando desde el principio, sólo que nosotros no hemos sabido vérsela —contestó Brabben—. Bueno, los otros no se la supieron ver. Pero Wurtzburg sospechaba ya la realidad.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que andaba tras la pista de ese sujeto?

—Sí. Y «él» lo advirtió y, al sondear su mente, la halló libre de alcohol y por eso pudo apoderarse del doctor.

—Pero, bueno, ¿en dónde diablos está?

Brabben miró alternativamente a Deirdre y a Chaffery.

—En todas partes —contestó.

CAPITULO

XV

—Vamos, vamos —gruñó Chaffery, mientras vertía licor en una copa—, no me digas que ese tipo es una especie de deidad omnipresente...

—No es ninguna deidad, sino un ser corpóreo y material, aunque eso sí, dotado de una mente, cuyo poder es adecuado a su volumen.

—¿Por qué no te explicas de una vez, Darryl? Deirdre lo hizo por Brabben:

—Lo que Darryl quiere decir es que «él» es todo el planeta, Dick. Chaffery se quedó con la botella en una mano y el vaso en la otra.

—¿Un Ser... de tamaño planetario? —dijo.

—Algo parecido a un planeta, que es un ser vivo —puntualizó Brabben. El vagabundo se atizó un trago.

—Increíble —dijo.

—No cabe ya la menor duda. N. S. no es un planeta, como llegamos a Creer, sino un ser vivo, tan vivo como podemos serlo nosotros.

—Pero, ¿cómo ha tomado este aspecto?

—Su mente le permite adoptar las más diversas formas, Dick. Ahora bien, lo que no ha hecho es crear animales, aves, cuadrúpedos, peces... En cierto modo, los animales habrían constituido entidades físicamente independientes de él. Un árbol, no; un árbol, a fin de cuentas, tiene raíces. ¿Comprendes?

Chaffery hizo varios movimientos de cabeza.

—Y, ¿qué me dices de la atmósfera respirable, Darryl?

—Muy posiblemente la necesite él para su supervivencia en el espacio. Yo he notado calor en la superficie, calor animal y,

en cierto modo, su metabolismo debe de ser muy parecido al nuestro. Por tanto, necesita oxígeno.

—Y hay arroyos... ¡Cielos, mis rubíes!

¿Serán también un sueño? Brabben sonrió.

—Cuando aterrizaste aquí por primera vez, ¿pensabas en encontrar algún tesoro?

—Más o menos...

—El planeta quizá no pudo dominarte, pero sí leería en tu mente y «fabricó» los rubíes.

—¿Quieres decir que yo he estado repartiendo por ahí pedruscos que sólo existían en mi imaginación?

—Quizá eran auténticos, creados para alejarte definitivamente. Pero tú volvías aquí una y otra vez...

—Hombre, y quién no —rezongó Chaffery.

—Y a mí, ¿por qué me respetó y me cuidó durante tantos años? —preguntó la muchacha—. Recuerda que no quería dejarme escapar.

—No puedo darte una respuesta, querida —dijo Braben—. A menos que piense en la fábula de la bella y la bestia.

—Vaya una tontería —resopló Chaffery—. No irás a decirme que este ser se enamoró de Deirdre.

—¿Y por qué no? —contestó Brabben sin pestañear—. Le gustaba contemplar su

belleza, sentirla sobre sí, cuidar de ella... Cuando Deirdre sentía hambre, él creaba frutos comestibles...

—Pero cometió un error:

creó una parra con uvas.

Chaffery lanzó una fuerte risotada.

—Tan inteligente como es y metió la pata —añadió.

—Es muy posible que desconociera los efectos del alcohol —opinó Brabben—. Potencia mental no es sinónimo de inteligencia.

—Sí, tal vez tengas razón. Pero ahora que sabemos que este planeta es un animal...

—Un ser vivo e inteligente —puntualizó Brabben—. Quizá no muy inteligente, pero no un animal. Razona y da órdenes, incluso a trillones de kilómetros de distancia.

—Que me lo digan a mí —gruñó Chaffery—. En vista de que no conseguía evitar mis viajes, envió a aquellos dos tipos a quitarme de en medio. Pero, ellos, ¿cómo consiguieron llegar hasta la Tierra?

—¿Estamos seguros de que eran realmente Mac Kenzie y Da Rosa? Hay en este caso algunos enigmas que quizá no logremos aclarar jamás. De todas formas, es un aspecto secundario de la cuestión.

—Y, ¿cuál es el principal, si se puede saber?

—Entrar en contacto con «él», conocer sus propósitos y, en caso de que persista en su actitud hostil, combatirle hasta el final —respondió Brabben tajantemente.

—Y, ¿cómo piensas hacerlo? —preguntó Deirdre.

—Muy pronto tendrás la respuesta —contestó Brabben.

Brabben caminó tranquilamente y se situó a unos cincuenta o sesenta metros de la nave. Calzaba unas botas altas y en la mano llevaba un transmisor portátil de radio. Deirdre y Chaffery le contemplaban desde una de las lucernas. La muchacha se sentía sumamente aprensiva.

—¿Saldrá bien? —dudó.

—Ese chico es muy listo —contestó Chaffery, seguro del

éxito de su amigo. Transcurrieron varios minutos. Brabben permanecía inmóvil, rígido, con la mente en blanco.

De pronto, sintió como una especie de tentáculo que sondeara su cerebro. El tentáculo retrocedió, pero volvió a avanzar lenta y cautelosamente.

—¿Me oyes? —preguntó «él».

—Dentro de mi cerebro, sí —contestó Brabben.

—Es suficiente —dijo el ser—. ¿Qué pretendes?

—Conocer tus intenciones. No somos hostiles, aunque creas lo contrario.

—Soy muy poderoso...

—El más poderoso tiene siempre un punto débil.

—Tú has sabido encontrarlo. Soy más ignorante de lo que creía.

—Te ha faltado relación con otros congéneres.

—¿Los tengo? Hace una eternidad que existo. Si hay otros congéneres, ¿dónde están?

—En alguna parte del universo...

—Yo soy un ser de gran tamaño, comparado contigo, pero el universo puede contener a trillones de seres como yo y estar separados por tan enormes distancias, que acaso no nos encontremos jamás.

—Es un argumento razonable —dijo Brabben—. ¿Dónde están los límites de un universo infinito? ¿De dónde viniste?

—No lo sé. Existo desde hace un tiempo incalculable. No puedo medirlo.

—¿Desconoces tus orígenes?

—Sí. Imagino que alguien me habrá creado, tal vez otros seres vivos de mi especie... Quizá un día me reúna con mi pareja... o me divida en dos y dé origen a otro ser análogo a mí. No lo sé; cuando llegue el momento, el instinto me lo dirá.

—Mataste a muchos seres de mi especie.

—Fue sólo una acción de defensa. Pretendían esclavizarme.

—Si te hubieras puesto en contacto con ellos...

—No habría dado resultado. Sus mentes no estaban preparadas para comprender que el objeto que ellos creían una planeta no era, sino un ser viviente.

—Quizá tengas razón —convino Brabben—. A Deirdre, sin embargo, no le hiciste daño.

—Es un ser muy bello. Me agradaba contemplarlo. Su presencia aliviaba mi soledad.

—Pero debías haber comprendido que ella no podía vivir sola eternamente.

—Yo la cuidaba y la protegía...

—Deirdre necesitaba que eso lo hiciera un ser de su propia especie.

—¿Tú?

—He sido elegido por ella, pero también podría haber escogido a otro. Lo interesante era que se uniese a un ser de su especie —insistió Brabben.

—Hay muchas cosas
que yo no
comprendo...

—Y como no las
comprendes, te
muestras hostil.

—No quiero
que me

esclavicen,
repito.

—
Nadie
lo
pretendería
si tú...

—¡No, no quiero! Ya pasé una experiencia con
Deirdre. No quiero repetirla más.

—¿Qué significa
eso? —preguntó
Brabben.

—Muy sencillo. Voy a acabar con vosotros. Y con todo el
que se pose sobre mi cuerpo.

*
*
*

A Brabben le pareció una especie de araña de tamaño
colosal, esperando agazapada en su tela la llegada de presas
para alimentarse con ellas. Quienquiera que se aventurase
en la superficie de N. S. perecería, se dijo.

—Eres un ser vivo, inteligente. ¿No piensas en los que
también lo son, a pesar de su tamaño infinitamente menor?

—Pienso solamente en mi supervivencia, en la supervivencia
de mi raza... en la propagación de mi especie. El tiempo no
cuenta para mí; yo no lo mido por vuestras reglas ni vuestros
cálculos. Imagino que no soy eterno, pero uno de vuestros
años es menos de un segundo de mi tiempo.

Brabben
se
estremeció.

—Entonces, eres capaz de
vivir millones de años —dijo.

—
Sí,

claro.

—Y tomaste el
aspecto de un
planeta normal.

—El tiempo me ha hecho adquirir experiencias. He lanzado
largas sondas mentales, he

podido ver cómo son los verdaderos planetas... Cuando la primera astronave llegó hasta mí, adopté el aspecto de un planeta habitable.

—Y mataste a dos de sus ocupantes.

—Creo que debí hacerlo, como hice lo mismo con los otros.

—Sin embargo, hubo uno que se burló de ti.

—Estoy empezando a reaccionar. Creo que pronto podré resistir a vuestra maldita droga.

—¿Piensas absorberme como lo hiciste con Wurtzburg?

—Sí.

—Bien, inténtalo.

Transcurrieron algunos segundos.

—¡No

puedo! —se

lamentó el

ser.

Brabben

sonrió.

—Tengo las botas llenas de alcohol. Me aíslan de ti —explicó.

—Pero no de otros medios que tengo para derrotarte —«gritó» el planeta. Una turba de jinetes aullantes apareció de pronto a lo lejos.

—Creerás que te hieren sus balas y el corazón se te parará —dijo el ser. Brabben se llevó el transmisor a los labios.

—¡Adelante, muchachos! —gritó—. ¡Duro con ellos, no dejen uno solo con vida!

Un nutrido grupo de *cow-boys* a pie, armados con rifles y pistolas, salió de la nave, y empezó a tiros con los atacantes.

—¿Qué pasa? ¿Por qué os rebeláis contra mí? —gritó «él». El tiroteo era intensísimo. Los atacantes desaparecieron de pronto.

—¡Vosotros también, idos! —ordenó «él».

Pero los componentes del segundo grupo no se marchaban. Todo lo contrario, gritaban y aullaban frenéticamente, sin dejar de disparar sus armas.

—¡No, no puedo soportar esto! ¡Es superior a mí... mi mente ya no me obedece...! De súbito se oyó un terrible chasquido.

El arbolado, las plantas, toda la vegetación desapareció instantáneamente. El suelo quedó completamente liso y, en unos segundos, su color rosado se transformó en un gris sucio, nada agradable a la vista.

Brabben

dio

una

orden:

—Regresen a la nave y ocupen sus alojamientos.

Los vaqueros se retiraron ordenadamente. Brabben emprendió también el regreso.

—¡Darryl! —gritó

Deirdre—.

¿Estás bien?

—

Perfectamente,

cariño —

sonrió él.

—Pero, ¿qué ha pasado? —exclamó Chaffery, estupefacto.

—¿Es que no lo has visto? —contestó

Brabben—. «El» ha muerto.

—¡Muerto! —repitió atónito el vagabundo del espacio.

—Sí, su mente no pudo resistir la paradoja de lo incomprensible. «El» creaba unas imágenes para nosotros, pero no pudo suponer que apareciesen otros vaqueros que, no sólo combatían a sus imágenes, sino que se resistían a cumplir sus órdenes. Su mente, incapaz de resistir la tensión causada por este hecho que le resultaba inexplicable, estalló.

—Claro —dijo Chaffery—. Los robots vestidos de vaqueros sólo obedecían las órdenes que tú les dieses. En sus cerebros mecánicos no podía penetrar una orden mental.

—A «él» no se le ocurrió crear un sistema de comunicación oral. De otro modo, lo habríamos pasado mal. Ya empezaba a vencer los efectos del alcohol.

—En resumen, este planeta no es ahora sino el cadáver de un ser viviente.

—Sí. —Brabben hizo un gesto con la cabeza—. Ha sido una lástima. Se mostraba muy hostil, tal vez por miedo.

—Pero quizá algún día encontremos otro congénere con el que podamos entendernos

—apuntó Deirdre.

—Quizá. Es razonable suponer que «él» no era el único ni el último de su especie. Hay en el universo, muchos más misterios de los que nos es dable imaginar..., pero temo que si se han de encontrar más seres vivientes de tamaño planetario, sean otros quienes se encarguen de ello.

—Tú te retiras de la vida de astronauta, ¿verdad? —sonrió Chaffery. Brabben pasó el brazo sobre los hombros de la joven.

—Por ahora, Deirdre y yo nos vamos a tomar unas vacaciones muy largas... Después, bueno, ya veremos. El porvenir no nos asusta, Dick.

—A ti, quizá no, pero yo me he quedado sin mi Banco —se lamentó el vagabundo del espacio.

Cuando estaban a punto de llegar a la Tierra, captaron noticias interesantes.

Greta Holmson había aparecido semanas antes, aunque no podía recordar el sitio donde había estado secuestrada. Dan Harris había vuelto a la normalidad.

—Y nosotros también volvemos a la normalidad —dijo Brabben—, Ya no habrá más aventuras en una larga temporada.

—¡Hum! —dijo Chaffery—. Eres un optimista. El

matrimonio es siempre la más peligrosa de las aventuras, Darryl.

Brabben y Deirdre se echaron a reír.

—Ella y yo vamos a correr esos riesgos juntos, toda la vida

—contestó Brabben.

F
I
N

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

*Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la*

“CIENCIA-FICCION”
la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España
Printed in Spain